

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



DON JUAN SE HA PUESTO TRISTE

Edición de Víctor García Ruiz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Don Juan se ha puesto triste”:
Víctor García Ruiz.

DON JUAN SE HA PUESTO TRISTE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Ella Tina Gascó
Javier..... Fernando Granada
Jacinto Francisco Arias
Gabriel..... Gaspar Campos
Tony..... Manuel de Sabatini
Damián..... Eduardo Martínez
Miguel..... Alberto Sola

Decorado: Antonio de la Guerra

La acción en una noche de otoño de nuestros días.

ACTO PRIMERO

A las once de una noche de otoño en la casa optimista y gratisima de Javier de Mendoza. Un saloncito. Muy elegante. Al fondo un gran balcón. Decorado con gentilísimas cortinillas a través de cuyos cristales se presiente una calle silenciosa en un barrio recoleto de Madrid. Como la vivienda de Javier se halla en el piso bajo de la casa, el balcón está a muy poca altura sobre el pavimento de la calle, y con las cortinillas descorridas podría verse, entre los balaustres blancos del barandal, el rostro de los pocos transeúntes que a esta hora circulan por aquí. No se ve el cielo con estrellas si no es entre la fronda del jardín de un hotelito de enfrente. Pero las puertecillas de cristal del balcón están cerradas. Fuera en la calle hace, seguramente, un poco de frío porque aquí, en el saloncito, hay un vaho de misterioso regocijo. Cortinas en las puertas. Una coquetona chimenea. Un pequeño bar abierto. Un aparato de radio acoplado deliciosamente en cualquier mueble. Un teléfono. Unos libros. Pantallas de luz. Sobre una mesita un enorme ramo de claveles...

(Al levantarse el telón por el altavoz de la radio una orquestina de sala de fiestas toca un «fox» lento, que llega hasta aquí lánguidamente mortecino. En escena Damián, da los últimos toques con el cepillo a un impecable «smoking» que tiene entre sus manos. Dentro una voz masculina canta alegremente al compás del «fox» que emite la radio. Damián es un viejo criado prosopopéyico, ceremonioso y con una tremenda solemnidad en su voz y en sus ademanes)

JAVIER.—*(Dentro cantando)* «Solamente una vez, amé en la vida,/solamente una vez y nada más»... ¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señor!

JAVIER.—Mis gemelos... Mi corbata.

DAMIÁN.—Todo está en la mesilla de noche, señor.

JAVIER.—¡Ah! Eres una perla, Damián. *(Canta otra vez)* «Una vez nada más en mi huerto brilló la esperanza...»

DAMIÁN.—El señor está muy contento esta noche...

JAVIER.—Sí, Damián. ¡La vida es hermosa!

DAMIÁN.—*(Irónico)* ¿Como las mujeres, señor?

JAVIER.—Justo. La vida es como una mujer hermosa a la que hay que hacerle el amor todos los días.

DAMIÁN.—¡Ah! ¿De qué poeta es esa frase tan bonita, señor?

JAVIER.—De ninguno, Damián. Los poetas no saben nada de la vida. (*Canta*) «Solamente una vez/y nada más...» ¡Damián! Pide un taxi al «Gran Café»... ¡Pronto!

DAMIÁN.—Al momento, señor... (*Juega el teléfono*) Óigame... ¿Gran Café?. Sí... Por favor. Envíen un taxi, para don Javier de Mendoza... Sí, a su domicilio. Gracias.

(*Cuelga*)

JAVIER.—(*Dentro siempre*) ¡Damián!

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—Telefonea a casa de la señorita Margarita. Di que dentro de media hora iré a recogerla. Di que se ponga guapísima... Que pasaremos una noche maravillosa. Que bailaremos. Que he reservado una mesa en la «boîte»...

DAMIÁN.—¡Señor!

JAVIER.—Dile que la adoro, Damián.

DAMIÁN.—¡Señor!

JAVIER.—Dile que es la última mujer de mi vida. Que todas mis aventuras de Don Juan han terminado para siempre. Que estoy loco. ¡Que soy capaz de casarme con ella...! ¿No es una locura?

DAMIÁN.—Completa.

JAVIER.—¿Se lo has dicho, Damián?

DAMIÁN.—(*Gravemente. Con el auricular en la mano*) No, señor; de ninguna manera...

JAVIER.—¿Eh?

DAMIÁN.—Me niego, señor...

JAVIER.—¡Damián!

DAMIÁN.—No puedo ser cómplice del señor. Hace veinte años que sirvo al señor. Le conozco demasiado. Estoy seguro de que dentro de muy pocos días el señor olvidará a la señorita Margarita y se dedicará a la conquista de una nueva señorita. Y así llevamos veinte años: desde que el señor terminó el bachillerato...

JAVIER.—¡Damián! Esta vez es verdad. ¡Palabra!

DAMIÁN.—Lo mismo me juró el señor en el mes de agosto cuando flirteaba con aquella señorita polaca... Y en la primavera pasada mientras le hacía el amor a una dama suramericana.

JAVIER.—*(Dentro indignadísimo)* ¡¡Majadero!!

(Y lanza con fuerza desde dentro una zapatilla que cae a los pies de Damián)

DAMIÁN.—¡¡Oh!! *(Al teléfono)* ¿Oiga? ¿El domicilio de la señorita Margarita? No, no la moleste, por favor... adviértala, solamente, que dentro de unos minutos don Javier de Mendoza acudirá en su busca. *(Transición)* ¿Eh? No, señorita Margarita. No soy don Javier... Soy su criado... *(Disgustadísimo)* Sí, señorita. Se lo diré. *(Cuelga el teléfono)* ¡Señor!

JAVIER.—Dime.

DAMIÁN.—Un recado de la señorita Margarita...

JAVIER.—*(Asoma, anhelante, la cabeza entre las cortinas)* ¿Qué? ¿Qué?... Dime.

DAMIÁN.—*(Con repugnancia)* Que está enamorada del señor como una loca...

JAVIER.—*(Alborozadísimo)* ¡Oh! ¿De veras? ¿Te ha dicho eso? ¡Oh! ¡Pronto, Damián! ¡Mi «smoking»! ¡Vivo!! ¡Qué feliz soy...! ¡Como una loca! Saladísima.

(Desaparece. El criado entra tras él con el «smoking». Una pausa. Otro «fox» en la radio. Al poco aparece Javier de Mendoza, seguido de Damián. Javier es jovial, desenvuelto. Nótase en su cara risueña, en sus ojos vivos, en sus ademanes alegres que es ahora a las once de la noche cuando empieza su día. Tiene alguna edad pero es difícil de calcular sus años a través de su apariencia. Un pelo claro, casi rubio. De su apostura, de su brío, de su suave alegría emana una simpatía sugestiva y contagiosa. Entra estirándose los puños de la camisa y abrochándose el magnífico «smoking». Está elegantísimo. Se planta sonriente ante el criado. Calla la música de la radio)

JAVIER.—¿Eh, Damián? ¿Qué tal?

DAMIÁN.—*(Embobado)* ¡Admirable, señor!

JAVIER.—*(Satisfechísimo)* ¿Estoy bien? ¿De verdad?

DAMIÁN.—¡Oh! El «smoking» es una maravilla... Pero, sobre todo, el señor...

JAVIER.—Gracias, gracias...

DAMIÁN.—*(Pensativo)* Sí, señor. El señor tiene un secreto.

JAVIER.—¡Hombre!

DAMIÁN.—Estoy segurísimo. Nada en el señor es vulgar. Tiene una personalidad, una alegría, una frescura...

JAVIER.—Oye, tú.

DAMIÁN.—El señor es extraordinario. A veces pienso que si uno volviera a nacer y pudiera elegir su destino yo querría ser un hombre como el señor.

JAVIER.—(Ríe) ¡Pero Damián!

DAMIÁN.—Sí. Tan alto como el señor, tan arrogante como el señor...

JAVIER.—Vamos, Damián. No te quejes. Tú no estás mal...

DAMIÁN.—(Amargamente) Soy una birria, señor.

JAVIER.—¡Hombre!

DAMIÁN.—Un asco. Lo sé.

JAVIER.—(Se ríe) Eres estupendo, Damián. Pero, ven aquí, dime.

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—¿Por qué te gustaría ser como yo soy y no como eres tú?

DAMIÁN.—(Ruborizado) ¡Je! Muy sencillo, señor... Para ser un Don Juan como el señor.

JAVIER.—(Amenazador) ¡Ah, miserable! ¡Y eres tú el que me recrimina! ¡Y hace veinte años que soporto tus riñas y tus sermones!

DAMIÁN.—Por recurso, señor... (Filosófico) Cuando un hombre no puede ser un Don Juan, se hace moralista. Está clarísimo. Pero la verdad es que en mi juventud soñé con ser un Don Juan.

JAVIER.—(Curioso) ¡Hola! ¿Y lo fuiste?

DAMIÁN.—No, señor. Trabajaba en una oficina y tenía muy poco tiempo disponible. No se puede ser Don Juan a ratos perdidos.

JAVIER.—Cierto.

DAMIÁN.—Hay que dedicar a ello toda la vida... El señor es un ejemplo. ¿Y el señor ha trabajado alguna vez?

JAVIER.—(Con dignidad) ¡Nunca!

DAMIÁN.—¿El señor se ocupó de algo útil?

JAVIER.—(Orgullosa) ¡Jamás!

DAMIÁN.—El señor no ha hecho más que el amor.

JAVIER.—Es verdad.

DAMIÁN.—Por algo es el primer Don Juan de Madrid...

JAVIER.—(Halagado) ¿El primero? ¿Tú crees, Damián? Te olvidas de don Gabriel y de don Jacinto...

DAMIÁN.—¡Pche!... Ninguno de los dos puede igualarse al señor. A don Gabriel le falta finura. Y don Jacinto es demasiado triste...

JAVIER.—Pero ese es su secreto. Con su melancolía ha hecho multitud de conquistas. Y Gabriel no digamos, es riquísimo, millonario.

DAMIÁN.—Pero es inútil. El señor es el verdadero Don Juan. El señor ha enamorado a las mujeres más brillantes; ha dado más escándalos que ninguno... En fin: ¿qué padre honorable aceptaría al señor como marido de su hija?

JAVIER.—(*Orgullosísimo*) ¡Ninguno!

(*Un vivo resplandor de focos de la calle, junto al balcón*)

DAMIÁN.—¡El taxi, señor!

DAMIÁN.—(*En pie, alegre y dichoso*) ¡Soberbio! Partamos. Va a ser una noche maravillosa... Que descansas, Damián.

DAMIÁN.—Gracias, señor.

JAVIER.—Adiós. ¡Ah! Un momento. Mañana por la mañana mandarás este ramo de claveles a casa de la señorita Margarita. A mediodía.

DAMIÁN.—Bien, señor.

JAVIER.—Lo envías con una tarjeta mía. Y en la tarjeta escribes, con mi letra, una frase bonita...

DAMIÁN.—¿Qué frase, señor? ¿De las que hemos usado otras veces con otras señoritas y con otros ramos?

JAVIER.—Bueno. Pero que sea muy expresiva...

DAMIÁN.—(*Interrogante*) ¿«Chiquilla mía...»?

JAVIER.—No. Esa frase se emplea solo con mujeres de cierta edad... Margarita es muy joven.

DAMIÁN.—¿«Mi ángel adorado»?...

JAVIER.—Muy cursi.

DAMIÁN.—(*Nostálgico*) Es de 1920; cuando empezaba el señor... ¿Pongo «He soñado contigo»? Es una frase muy socorrida.

JAVIER.—No sirve. Las mujeres inteligentes saben que un hombre nunca sueña con la mujer que ama, sino con la que amaré después.

DAMIÁN.—Bueno. (*Picado*) Espero que el señor no me obligará a escribir «Chatilla mía»...

JAVIER.—Tampoco. Verás... (*Reflexiona y sonrío mientras acaricia los claveles*) Pon solamente estas dos palabras: «¡Te quiero!» En veinte siglos de historia los poetas no han podido inventar otra frase más bella. ¡Hasta mañana, Damián!

(*Se marcha*)

DAMIÁN.—Buenas noches, señor.

(*Un timbre fuera*)

JAVIER.—(*Deteniéndose en la puerta*) ¿Eh? ¿Has oído?

DAMIÁN.—Han llamado. Con permiso del señor...

JAVIER.—No estoy. ¿Comprendes? Para nadie. Eso es.

DAMIÁN.—Comprendido, señor.

(Sale. Javier acaricia sus claveles voluptuosamente)

JAVIER.—*(Ensimismado)* ¡Margarita! Pequeña...

(Pausa. Vuelve Damián aterrado)

DAMIÁN.—Una catástrofe, señor. Es don Jacinto. Está muy triste.

JAVIER.—¡Oh! Como siempre.

DAMIÁN.—¡Más triste que nunca! Se le saltan las lágrimas... Dice que necesita ver al señor inmediatamente.

JAVIER.—No, no, no... El taxi aguarda, Margarita me espera. Yo conozco a Jacinto... Es muy capaz de entretenerme toda la noche para contarme su última conquista. ¡No, no, no!... Hazle entrar. Le sirves un whisky. Y mientras yo salgo por el balcón...

(Efectivamente, abre el balcón de par en par y se dispone al brinco)

DAMIÁN.—¡Señor!

(Aparece Jacinto en la puerta)

JACINTO.—¡Javier!

(Es un hombre de muy parecida edad a la de Javier pero de distinto continente y apostura. Jacinto pálido, palidísimo, con abundante cabellera negra en la que se mezclan unos hilillos blancos junto a las sienes se peina con cierta graciosa reminiscencia romántica. Todo en él es melancolía. Y abatimiento. Sus ademanes son un puro desmayo. Pero su absoluta tristeza es interesantísima. «Smoking»)

¡Ingrato!

JAVIER.—Mira, Jacinto...

JACINTO.—Tranquilízate, mal amigo. No voy a contarte mi último triunfo amoroso, sino mi primer fracaso...

JAVIER.—¿Cómo?

(Damián cierra el balcón y sale)

JACINTO.—Sí. Óyelo bien. Soy un vencido, un derrotado. Un pobre hombre. Eso es... el Don Juan que había dentro de mí ha muerto esta noche, hace media hora... Ya no soy un Don Juan, Javier. Soy un hombre decente. ¿No es una vergüenza?

JAVIER.—¡Hombre! Te diré.

JACINTO.—*(Le interrumpe)* Hace veinte años que Gabriel, tú y yo hacemos el amor de triunfo en triunfo. Somos tres solteros famosos. Yo sé que en algunas familias se prohíbe a las muchachas pronunciar nuestros nombres. Figúrate. No es posible soñar un éxito mayor. Como los tres tenemos gustos distintos y métodos de conquista muy diferentes, no hemos reñido nunca. Pero la verdad es que cada uno de nosotros hace veinte años que espera el fracaso de los otros dos... Yo he sido el primer derrotado. ¡Mírame bien!

JAVIER.—Pero ¿quieres decirme qué ha sucedido? *(Tímido)* ¿Quizá Elenita?

JACINTO.—Elena ha roto conmigo... ¿Qué te parece?

JAVIER.—¡Oh!

JACINTO.—Ella misma, por su propia voluntad. *(Se estremece)* ¡¡Oh!! Es la primera vez que me pasa. Desde hace veinte años yo he desdeñado, cuando me aburrían, todas mis conquistas. Una y otra, y otra... Hasta hoy. Hace una hora que Elena me ha despedido.

JAVIER.—*(Atónito)* ¡Te ha despedido!

JACINTO.—*(Humilladísimo)* Sí, Javier: como lo oyes.

JAVIER.—*(Mirándole fijamente)* ¡Qué vergüenza!

JACINTO.—*(Ruborizado)* Sí... Estoy deshonorado. Ya lo sé.

(Una pausa)

JAVIER.—Tú, Jacinto... Despedido. Es inconcebible... ¡No puedo creerlo! Pero ¿cómo ha sido? Cuenta.

JACINTO.—Hace unos minutos... Yo estaba en mi casa. Terminaba de vestirme. Y ha llegado un botones con esta carta. Toma, léela...

(Se la da)

JAVIER.—(*Desdobra el papel y lee*) «Adiós, Jacinto...»

JACINTO.—Una carta de amor que empieza así. ¿No es sospechosa?

JAVIER.—Sospechosísima. (*Leyendo*) «Adiós, Jacinto. Me voy de tu lado».

(*Jacinto se estremece en su sillón*)

«¡No puedo más! Me conquistaste pidiéndome que fuera consuelo para tu melancolía; alegría para tu tristeza... Pero a ti no hay quien te alegre, Jacinto, hijo mío. He fracasado. Te dejo. Quiero alegrarme un poco. No me esperes esta noche. Me voy a ver una película de risa. Tuya, Elena». ¡¡Oh!!

JACINTO.—(*Derrotado*) ¿Has visto, Javier? Me deja por triste. ¡Por lo mismo que me han amado todas!

JAVIER.—Jacinto, Jacinto... Un poco de valor.

(*Le da palmaditas en la espalda*)

JACINTO.—Voy a quedar en ridículo. Se reirá de mí todo el mundo. Seré esa cosa grotesca que es un Don Juan pasado de moda... Me señalarán con el dedo en la calle, en los teatros, en el Círculo. Podré bailar con las esposas de todos nuestros amigos sin que ni un solo marido tenga celos de mí. ¡Yo, un amigo de confianza! ¡Qué vergüenza! (*Un sollozo*) Esto es peor que la muerte, Javier... ¡No lo resistiré!

(*Suena el timbre de nuevo*)

JAVIER.—¡Oh! Esto es el colmo... ¿Qué significa? ¡¡Damián!!

(*Entra Gabriel. Es un cincuentón elegante de pelo gris y buen señorío. Correctísimamente vestido de «smoking». Rostro un poco cansado de trasnochador*)

GABRIEL.—(*Viene como abstraído*) Soy yo... Buenas noches.

JAVIER.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Hola, Javierito, hijo. Me alegro mucho de encontrarte en casa. Necesito que me aconsejes. Voy a volverme loco... ¡Ah! Estás tú aquí, Jacinto. Acabo de telefonarte. Quiero hablaros a los dos. Me ha sucedido algo extraordinario. ¡Tremendo! ¡¡Oh!!

JACINTO.—¡Gabriel!

GABRIEL.—(*Pasea de un lado a otro del saloncito todo anonadado*) Es asombroso...
Asombroso... ¡Asombroso! Yo mismo no puedo creerlo.

JAVIER.—(*Enojadísimo e intrigado*) Pero ¿hablarás?

GABRIEL.—¡Si no lo vais a creer! (*Sigue paseando*) ¡Si parece mentira! (*Se detiene*)
Amparito...

JAVIER y JACINTO.—¿Qué?

GABRIEL.—(*Con los ojos bajos*) ¡Me ha plantado!

JACINTO.—¿A ti, Gabriel?

GABRIEL.—¡¡A mí!!

JACINTO.—¿A ti también?

GABRIEL.—¿Cómo a ti también? Entonces... ¿Elena?

JACINTO.—¡Sí, Gabriel, sí! Abrázame... ¡Los dos desgraciados!

GABRIEL.—(*Se abrazan*) ¡Pobre amigo mío! (*Transición*) Bueno. Lo tuyo no me
extraña nada...

JACINTO.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Sí, hombre, sí. De verdad. Esta historia de tu melancolía tenía que fallar
alguna vez. Ya es mucha tristeza, qué diablos. Llevas así veinte años.

JACINTO.—(*Desgarrado*) ¡Gabriel!

GABRIEL.—Pero mi caso es inexplicable... No lo entiendo. Los tres hemos hecho
el tenorio. Pero yo soy un Don Juan muchísimo más honrado que vosotros.
Vosotros hacéis el amor con truco. Tú eres jovial, optimista, simpático:
ganas a las mujeres con tu alegría. Tú eres triste y les das pena, muchísima
pena. Las destrozas. Pero te quieren... Las mujeres son así. Yo, en cambio,
no engaño a nadie. He tenido muchos amoríos, sí señor. Pero, como un
caballero; porque soy millonario... El dinero es el único medio de engañar
honradamente a las mujeres. Bueno, pues... ¡Han fallado los millones!

JAVIER.—Pero dínos ya quién es él... Porque naturalmente habrá un rival.

GABRIEL.—No puedo. (*Derrotadísimo*) Me da mucho coraje.

JAVIER.—Vamos...

JACINTO.—Dilo...

GABRIEL.—(*Muy bajo*) Es un poeta.

JACINTO.—¡Oh! ¡Un poeta!

(*Ríe Javier*)

GABRIEL.—Un jovenzuelo que hace versos. No tiene porvenir.

JACINTO.—¡A dónde hemos llegado!

JAVIER.—(*Riendo*) ¡Es extraordinario! ¡Un tenorio millonario derrotado por un
pobre poeta!

GABRIEL.—Javier, no te burles.

JACINTO.—¡Amparito se ha vuelto local!

GABRIEL.—Javier, no te rías... Por favor. Sufro mucho.

(Suspira)

JACINTO.—¿Cómo ha sido?

GABRIEL.—En un taxi... Hace unos momentos. Íbamos a la Ópera. De pronto, Amparito se echó a llorar. Yo me asusté, claro. Ella se quedó mirándome fijamente y me dijo: «Gabriel, ¿crees tú que el dinero es lo más importante en la vida?» Yo me asusté muchísimo más. Me volvió a mirar y me dijo: «Pobre Gabriel, qué lástima me das. Tienes tantos millones...» Y después en medio de sus lágrimas empezó a recitarme una poesía malísima en la que hablaba de una buhardilla, de los días sin comer y de muchas noches sin luz... Casi me hizo llorar también. Al final me lo confesó todo.

JAVIER.—*(Divertidísimo)* ¿Era el poeta?

GABRIEL.—Sí. Hace dos meses que ese mozalbete le hace el amor. Le manda un soneto todos los días.

JAVIER.—¡Qué barbaridad!

GABRIEL.—Ella dice que no cambiaría todo mi dinero por los sonetos de su enamorado. Figúrate. Yo, la verdad, no sé cuánto vale un soneto, pero en fin... *(Consternado)* Claro que algunos días le manda dos.

JAVIER.—¿Dos sonetos?

GABRIEL.—Dos.

JAVIER.—¡Qué loco!

GABRIEL.—Ya todo ha terminado... Nos hemos separado para siempre. Mañana, Amparito me devolverá todos mis regalos. El collar, la pulsera, mis cartas, mi retrato, un clavel que llevaba yo en la solapa el día que nos conocimos... Todo.

JAVIER.—¿Y el coche?

GABRIEL.—El coche, no. Lo vendió ayer...

JAVIER.—¡Ah!

GABRIEL.—Basta, Javier... No te burles. Te lo ruego...

(Y se deja caer muy abatido en un sillón, junto a la chimenea, cerca de Jacinto. Una pausa. Está emocionado)

Si comprendierais cómo sufro. Es la primera vez en mi vida que una mujer me produce este dolor... *(Se calla)* A vosotros no me importa decíroslo. Amparito es la mujer que más he amado.

JACINTO.—¡Gabriel!

JAVIER.—Gabriel... ¿Es posible?

GABRIEL.—La quería, sí... ¡La quería! Es tan bonita, tan soñadora...

(Entra Damián)

DAMIÁN.—Señor... con permiso de los señores. El chófer del taxi se impacienta. ¿Qué le digo, señor?

JAVIER.—*(Sonríe)* Mi sombrero, mis guantes, Damián... Perdonadme vosotros. Esta noche me espera la mejor aventura de mi vida. Tiene el pelo y rubio y baila el vals maravillosamente... Y está enamorada de mí como una loca...

GABRIEL.—¿Margarita?

JAVIER.—¡Margarita!

GABRIEL.—Escucha, Javier. ¿No podría renunciar a Margarita esta noche? Con cualquier pretexto. Una indisposición. Qué sé yo... Jacinto y yo somos desgraciados. Te necesitamos...

DAMIÁN.—*(Entrando)* El sombrero... Los guantes.

JAVIER.—Muy bien... Damián, los señores van a pasar aquí la noche. Damián os servirá whisky, coñac. En la biblioteca tenéis muchas revistas francesas. Soy cruel con vosotros... Lo sé. Pero yo todavía soy un Don Juan y Don Juan no tiene corazón.

(Suena el timbre del teléfono)

¿Eh?

DAMIÁN.—*(Coge el auricular)* Aló... Sí, aquí es... ¡Ah! ¡Un recado urgente, señor!

JAVIER.—¿Quién es?

DAMIÁN.—Llaman de casa de la señorita Margarita, señor. Es la doncella...

JAVIER.—¿Qué ha sucedido?

(Palidece)

JACINTO.—¿Oyes?

(Atentísimo)

GABRIEL.—¡Chiss! Calla...

DAMIÁN.—(*Escuchando el teléfono. Un brinco*) ¡¡No!! ¡No es posible! ¿Qué dice usted? (*Azoradísimo*) ¿Puedo hablar, señor?

JAVIER.—¡Sí! ¡Pronto!

DAMIÁN.—Que no se moleste el señor en acudir en busca de la señorita Margarita. La señorita Margarita ha salido...

JAVIER.—(*Abalanzándose*) ¿Cómo?

DAMIÁN.—(*Sin mirarle*) Ha salido hacia París con un joven argentino que conoció esta mañana en Recoletos.

JAVIER.—(*En un grito*) ¡¡Damián!!

(Gabriel y Jacinto no se sabe si alborozados o apesadumbrados levantan los brazos al cielo)

JACINTO.—¡Oh!

GABRIEL.—¡Oh!

DAMIÁN.—(*Al teléfono*) Está bien... Se lo diré. (*Cuelga*) La señorita Margarita antes de marchar a la estación dijo que, a pesar de todo, el gran amor de su vida es el señor...

(Silencio. Todos miran a Javier. Este, anonadado, cae en un sillón. Parece otro hombre)

JAVIER.—Margarita... Margarita...

(Un gran silencio)

JACINTO.—(*Muy emocionado*) Javier, amigo mío...

GABRIEL.—¿Qué voy a decirte?

JACINTO.—Es el Destino que nos une. ¡Oh!

JAVIER.—Margarita... Pero ¿por qué este engaño? ¿Por qué se burla de mí? ¿Por qué?

JACINTO.—¡Infames! ¡Todas infames!

GABRIEL.—Javierito, hijo.

JACINTO.—(*Filosóficamente*) Qué fracaso... No se salva ni uno. La culpa es nuestra. Don Juan no se puede enamorar... Está visto. Mientras es cínico y traidor y embustero, las mujeres le adoran, se vuelven locas por él... Cuando uno se enamora como un hombre decente se acaba el prestigio y son ellas las que le desprecian a uno. Las mujeres no quieren de nosotros que las amemos,

sino que nos dejemos querer. Esta es la cuestión. Y nosotros lo hemos comprendido tarde... Si Don Juan Tenorio no se hubiera enamorado de doña Inés no le hubieran ocurrido al pobre tantísimos desastres. Debió esperar a que doña Inés se enamorara de él... Y se hubiera casado con ella vestido de «chaquet».

GABRIEL.—¡Hombre, Jacinto! ¡El tenorio de «chaquet»!

JACINTO.—Bueno. O de frac. Es que no sé lo que digo.

JAVIER.—Damián.

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—Despide al taxi.

DAMIÁN.—Sí, señor... ¿No sale el señor esta noche?

JAVIER.—No. Ni mañana... Ni nunca. Ya no saldré jamás de noche...

DAMIÁN.—Le felicito, señor.

(Y sale)

(Javier, Gabriel y Jacinto, mohínos y cariacontecidos, se han sentado cada uno en un sillón. Javier en el centro. Se miran uno a otro... Hay una gran pausa. En la calle, arranca el taxi y desaparece el resplandor de los focos)

JAVIER.—Bien... Ni una palabra, ni una ironía. Os lo suplico. Mi última vanidad de Don Juan está castigada. Ya estamos los tres igual. ¿No es eso?

JACINTO.—¡Los tres derrotados!

GABRIEL.—Tres donjuanes venidos a menos... ¡Qué desastre!

(Una pausa)

¡Cómo se reirán de nosotros!

JACINTO.—¡Oh! Habrá que oír a las mujeres...

GABRIEL.—No lo creas: habrá que oír a los hombres. ¡Demonio! Pero ¿es que las tres se han vuelto locas?

JAVIER.—No, Gabriel... Acabo de comprenderlo de pronto. Ya somos viejos. Despidámonos del amor. Pero hagámoslo alegremente, sin una lágrima, sin un grito... Seamos valientes.

JACINTO.—*(Tristísimo)* Sí, Javier.

GABRIEL.—Sí... Hay que empezar otra vida. Pasear por las mañanas. Ver jugar a los niños en el Retiro. Un poquito de siesta. Alguna lectura...

JACINTO.—*(Transición)* Gabriel, Javier, se me ocurre una idea.

JAVIER.—Dila...

GABRIEL.—¿Qué?

JACINTO.—¿Por qué no decidimos vivir juntos los tres? Nos hicimos célebres juntos; hace veinte años que somos amigos, hemos fracasado al tiempo... ¿Por qué no vivir unidos los años de nuestra vejez?

GABRIEL.—(*Pensativo*) No está mal.

JAVIER.—Encantado. Mañana mandáis traer vuestros equipajes. Esta casa es grande. Habrá sitio para los tres.

JACINTO.—Sí... Tendremos nuestra República de hombres solos. Y en la puerta, como Platón, pondremos este rótulo: «No crea usted en el amor».

GABRIEL.—Oye, me parece que Platón no dijo eso.

JACINTO.—(*Superior*) Porque el pobre no conocía a las mujeres...

JAVIER.—Sí, sí. Me gusta la idea. Reuniremos bajo un mismo techo la soledad de tres solterones. Comeremos juntos, hablaremos del pasado... Recordaremos. ¡Ah, recordar es la felicidad de los desengañados!

JACINTO.—¿Queréis creer que ya casi soy feliz? Vamos a vivir una vida tan plácida... Pienso ya en las largas veladas de invierno, aquí junto a la chimenea...

GABRIEL.—¡Qué delicia!

JAVIER.—(*Muy triste*) Sí, serán unas noches divertidísimas... (*Un silencio. Muy bajo*). Margarita...

GABRIEL.—(*Igual*) Amparito...

JACINTO.—Elena...

JAVIER.—¡Bah!

(Otro silencio. Quedan los tres ensimismados. Rompe el silencio un chasquido en las vidrieras del balcón. Los tres, atónitos, vuelven hacia allí la cabeza. En el balcón una figura se dibuja a contraluz detrás de los cristales. Y una mano diestrísima empuja y abre sigilosamente la vidriera)

TODOS.—¡Eh!!

(En pie, con la voz ahogada)

JACINTO.—¿Quién anda ahí?

JAVIER.—¡Silencio!

GABRIEL.—¿Qué es esto? ¿Quién es?

JAVIER.—¡Callad!

JACINTO.—Miradle... ¡Va a entrar! ¡Un hombre! ¡Un ladrón!!

JAVIER.—Silencio... ¡Silencio! Quietos. No hagáis ruido...

(Javier, Jacinto y Gabriel, inmóviles y semiescondidos detrás de los sillones. Durante el veloz diálogo anterior, el desconocido con todo sigilo, sin un leve ruido, abrió la vidriera del balcón. Salta a escena. Entorna de nuevo la vidriera y poco azorado por la semipenumbra del saloncito, vuelto ya de espaldas hacia la calle, da unos pasos. Poco a poco, veremos que es un muchacho jovencísimo de ojos soñadores y rostro muy pálido. Está verdaderamente emocionado. Lleva, con algún desaliño, traje gris y camisa clara abierta y sin corbata. El pelo graciosamente revuelto. Javier, Gabriel y Jacinto, vigilan atentísimos sus movimientos)

TONY.—*(Muy bajo)* Teresa...

GABRIEL.—¿Oís?

JAVIER.—¡Chiss!

TONY.—Teresa... ¡Teresita! ¡Dónde estás? Teresita... Soy yo: Tony... ¿Por qué te escondes? Qué niña eres...

(Javier enciende la araña central. La escena se inunda de vivísima luz. El muchacho, sobrecoigido, da instintivamente un paso atrás. Se estremece. Vuelve la vista en derredor)

¡¡Ah!! ¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

JAVIER.—*(Riendo)* Adelante, amigo. ¡Buenas noches!

JACINTO.—Pues, señor, es divertidísimo quedarse en casa. Yo estoy encantado.

TONY.—*(Tembloroso, retrocediendo)* ¡Perdón! ¡Perdón! No griten, por favor... Yo les explicaré. Yo he venido a ver a Teresa.

GABRIEL.—¿Teresa?

JACINTO.—¡Ah!

TONY.—No soy un ladrón... ¡Lo juro! ¡Soy un hombre de honor!

(Ríe Javier. El muchacho está apuradísimo)

Que no se entere Ella. Si Teresa me viese así, entre ustedes, yo me moriría de vergüenza. Ella me cree un héroe... Yo explicaré por qué he entrado por el balcón. *(Dirigiéndose a Gabriel)* Sobre todo a usted. Porque usted es el padre ¿verdad?

GABRIEL.—(*Indignado*) ¡Un cuerno!

TONY.—Sí, sí... ¡Usted es el padre! No lo niegue.

GABRIEL.—¡Y dale!

TONY.—¡El padre de Teresa! (*Cae de rodillas ante Gabriel*) ¡Caballero; ióigame usted! (*Atolondrado, lleno de emoción*) Se lo diré todo. ¡Amo a Teresa con toda mi alma!! ¿Se opondrá usted a nuestro amor?

GABRIEL.—No hombre, qué va...

(*Ríen los otros*)

TONY.—(*Sin oírlos*) ¡Teresa es mi vida! Solo sé pensar en ella. Y ella también me quiere. Es un ángel. Me cree el hombre más importante del mundo. Figúrese usted. ¡Y le juro que esta es la primera vez que me atrevo a saltar por ese balcón! Pero hoy ha sido un día horrible para mí. He esperado a Teresita durante toda la mañana a la puerta de la facultad. No ha venido a clase. He vigilado esta tarde la casa y ella no ha salido. Temí que estuviese enferma. Teresita es tan frágil, tan delicada... ¡Es una muñeca! No hubiera podido dormir esta noche sin verla un instante, un solo instante. Y por eso, ¿comprende usted ahora? Me he atrevido a saltar por el balcón... (*Con toda su emoción*) ¡Perdóneme usted! ¡Se lo suplico! ¡Es la primera vez y no lo haré más!

JAVIER.—(*Con una risueña emoción*) Basta... Levántate, muchacho. Ven... Tu Teresa no está aquí.

TONY.—(*Atónito*) ¿Cómo?

JAVIER.—No... (*Sonríe*) Seguramente Teresita vive en el cuarto de al lado.

TONY.—¿Qué? (*Avergonzadísimo, corre al balcón, mira a la calle y vuelve*) Entonces... ¡Me he equivocado de balcón!

JAVIER.—¡Sí!

TONY.—¡¡Oh!!

(*Una pausa. Javier, Gabriel y Jacinto le observan con mucha curiosidad*)

¡Estoy en ridículo! ¡Qué horror!

(*Abrumado*)

JAVIER.—Ea. Tranquilízate. Siéntate a mi lado. Nos contarás tu aventura. Nos dirás cómo es ella. Estás en tu casa... Toma un poco de coñac.

JACINTO.—(*Muy complacido*) Resulta que es un Don Juan...

GABRIEL.—(*Nostálgico*) Sí. Así empezamos nosotros...

JAVIER.—(*Orgullosa*) ¡No se acaba la raza! Este muchacho tendrá un gran porvenir.

JACINTO.—Si es audaz... Tiene buena figura.

GABRIEL.—Demasiado romántico, quizá.

JAVIER.—No importa. Es que está empezando. Al principio todo el mundo es muy romántico. Hasta los ingenieros...

JACINTO.—Sí, será un Don Juan como nosotros. (*Emocionado*) ¡Cómo me consuela verlo!

JAVIER.—¡Don Juan no muere nunca! ¡Viva Don Juan!

GABRIEL y JACINTO.—¡Viva Don Juan!

TONY.—(*Levanta la cabeza y los mira ofendido*) No, señor. Están ustedes equivocados... Yo no soy un Don Juan.

JAVIER.—¿Eh?

TONY.—Yo no soy un sinvergüenza.

JACINTO.—¡Oiga!

GABRIEL.—¡Pollo!

TONY.—(*Con toda dignidad*) ¡No, no, no! Yo no soy un Tenorio cualquiera. ¿Qué habrían ustedes creído? Soy un hombre enamorado. Yo soy muy serio: me repugnan las aventuras. Eso son cosas de ustedes, los hombres de cierta edad. La adoro, la adoro... Si ustedes supieran lo que es esto... (*Sublimemente*) Pero, después de todo, qué saben ustedes lo que es el amor...

JACINTO.—Le diré.

GABRIEL.—Esto es extraordinario... (*Se enfada*) Dice que nosotros no entendemos de amor. ¿Oyes, Javier?

JAVIER.—Sí... El amor es un bello secreto que siempre parece recién descubierto. Y cuando un hombre está enamorado cree que nadie más que él ha descubierto el secreto. Dejadle...

(*Se acerca despacio y sonriente a Tony y le pone suavemente una mano en el hombro*)

Di, muchacho... ¿Cómo te llamas?

TONY.—Antonio... Pero Teresita me dice Tony. Llámeme usted Tony.

JAVIER.—Muy bien, Tony... Mira, es posible que sin saberlo tú mismo esta noche sea la más feliz de tu vida. La felicidad es un viaje de ida que no tiene regreso posible porque la vuelta es el dolor... No pierdas tu viaje, Tony. Levántate, salta otra vez a la calle y brinca al balcón de tu Teresa. Esta vez

no te equivocarás. Nosotros tres te daremos escolta y esta noche en que nos sentimos tristes nos harás muy felices porque en tu aventura va algo de nosotros mismos. Vamos, Tony. ¿Irás?

(Un pequeño silencio. El muchacho está inmóvil mirando fijamente al suelo. De pronto, bruscamente levanta la cabeza. Tiene lágrimas en los ojos)

TONY.—No, no. No puedo... Yo no puedo aparecer delante de Teresa esta noche.

JAVIER.—¿Por qué?

TONY.—Porque estoy en ridículo.

JAVIER.—¡Oh!

GABRIEL.—Está loco.

TONY.—*(Exasperado)* Yo venía por la calle lleno de alegría, pensando en lo hermosa que era la vida y el mundo y la noche. Iba a saltar al balcón de Teresa. Me presentaría ante ella como un enamorado audaz mientras ella estudiaba la lección tercera de Química. Teresa hubiera abierto sus ojos tan grandes, tan bonitos, y me hubiera dicho asustadísima: ¡Tony! ¡Pero Tony, qué loco, qué atrevido eres! Y mañana me hubiera amado más que nunca... Pero me he equivocado de balcón. He entrado en una casa desconocida, donde se han burlado de mí. ¡Y he creído que usted era su padre!

GABRIEL.—¡Digo!

TONY.—Mi sueño de amor, mi aventura de esta noche se ha convertido en un suceso grotesco... Un chasco. ¡Qué vergüenza, qué pena! ¿Comprenden ustedes ahora cómo ya no puedo llegar dignamente ante Teresa esta noche? Cuando le contara toda la verdad se reiría... Estoy en ridículo. No se puede hacer el amor en ridículo.

JAVIER.—¡Oh, Tony!

(Sonriendo)

GABRIEL.—Lo dicho: demasiado romántico.

JACINTO.—*(Suspira)* Sí, es un sentimental... No sirve.

GABRIEL.—Pobre muchacho.

JAVIER.—Eres un niño, Tony... Vamos, escúchame. El amor es un sentimiento y un arte... Tú ya sabes sentirlo pero todavía no eres un artista. ¿Comprendes? El amor tiene una verdad y una mentira... Hay que entregarse a esa verdad, pero es necesario que no se acabe tampoco la mentira. Miente un poco...

Engaña esta noche a Teresa. Ocúltale este pequeño fracaso. Porque detrás de tu mentira está la maravillosa verdad de tu amor...

TONY.—(*Compungido*) No puedo. No, señor.

GABRIEL.—Bueno, pollo... (*Acerándose a él protector*) No sea usted cursi.

TONY.—¡Caballero!

GABRIEL.—¡Bah! Está usted en los primeros pasos de su carrera, tiene usted facultades, pero, si continúa usted así, no llegará usted a ninguna parte. Aquí nos tiene usted a nosotros... Tres donjuanes. Fíjese bien... Veinte años de triunfo, de conquistas, de éxito. Creo que debería usted escucharnos con algún respeto. Sobre todo a mí que soy el más viejo. Yo, querido, soy muy poco sentimental. Todos mis éxitos en amor se los debo a mi riqueza. Solo he creído en la poesía del amor esta noche, hace unos momentos, en el interior de un taxi cuando me he sentido abandonado por primera vez en mi vida. Y ya ve usted: he sido desgraciado. (*Transición*) Amigo mío: si quiere usted triunfar en amor no sea romántico, dedíquese a los negocios, y hágase millonario.

TONY.—(*Mirándole iracundo*) ¡Caballero, es usted un pobre diablo!

GABRIEL.—¡¡Oh!! ¡Es un insolente! ¡Fuera de aquí!

JAVIER.—(*Riendo*) ¡Tony! ¡Tony!

GABRIEL.—(*Sulfuradísimo*) ¡Desvergonzado!! ¡A la calle!

JAVIER.—¡Calma, Gabriel! ¡Es un chiquillo!

JACINTO.—(*Bosteza melancólicamente*) ¡Bah! Es nuevo... Esto es todo. Además, tus razones no pueden convencerle. Te lo he dicho muchas veces, querido Gabriel: eres un Don Juan demasiado rústico. No me explico tus éxitos en la Gran Vía... Pero, en fin, con las mujeres nunca se explica uno nada... Óyeme, Tony. Gabriel no tiene razón. El amor no es así.

TONY.—¿Verdad que no?

JACINTO.—No... (*Habla zambullido en su sillón, con las piernas estiradas, y las manos colgando sobre los brazos de la butaca*) El amor es, precisamente, poesía. Pero, créeme, en todo hay trampa, hasta en la poesía. Sí, hijo mío. Cada uno de nosotros tenemos dentro una trampa en la que pueden caer ellas. Lo importante es descubrirla y tenerla bien preparada todos los días... Mira: yo soy un hombre melancólico, no lo puedo remediar. Bueno, pues esta melancolía es mi trampa... Muchísimas mujeres solo se enamoran del hombre que es un poco desgraciado, de quien necesita consuelo, con quien pueden ser al mismo tiempo madres y amantes... De estas no me han fallado ni una.

TONY.—¡¡Oh!!

JACINTO.—¿Qué te parece?

TONY.—Señor mío... ¡Es usted un cínico! ¡Le aborrezco!

JACINTO.—¡Oh!

GABRIEL.—¡Toma!

TONY.—Todo esto es falso, monstruoso... (*Volviéndose, angustiado hacia Javier*)
Pero usted no piensa así... Usted es mejor que ellos... ¡Usted no creerá que el amor es una farsa! ¡Usted no es un tramposo! Por favor: idígamelo!

JAVIER.—(*Sonríe y le mira con dulzura*) Pobre Tony... (*Se acerca hasta el muchacho y le rodea los hombros con su brazo*) Mis amigos soñaron un día, como tú ahora. Yo también, Tony. Después he amado mucho. Me he enamorado por lo menos una vez todos los años que es lo menos que se puede enamorar un hombre correcto. Las mujeres que han venido a mis brazos eran muy distintas unas de otras, pero todas pedían de mí lo mismo. ¡Alegría, jovialidad, optimismo! ¡Guerra a la tristeza! No me negarás que es un bello grito... Así, veinte años, Tony. No he intentado querer a otra clase de mujeres. ¿Para qué? Hubiera fracasado. Las otras eran para Jacinto... El amor es un ideal, pero un ideal con condiciones: por eso es el único ideal que se logra. ¡Ay, Tony, amigo mío, no idealices tus propios ideales hasta hacerlos imposibles para ti mismo! No, créeme... El amor solo es un bonito tema que hay que estudiar profundamente, como la Anatomía y el Latín...

TONY.—(*Le interrumpe violentamente*) ¡No, no, no! ¡Mentira!

JAVIER.—¡Tony!

GABRIEL.—¡Chico!

JAVIER.—¡Oh!

TONY.—¡El amor no es así! El amor es una verdad; la verdad más bella que ha inventado Dios: más hermosa que el mismo mundo... Ustedes no saben todavía, después de estos veinte años de donjuanes que el amor no es un truco de viejos, sino una maravillosa verdad. ¡Qué saben ustedes! ¡Qué entienden ustedes de amor!

GABRIEL.—¡Oh! De remate.

(*Ríen*)

JACINTO.—No tiene remedio...

JAVIER.—Tony, desdichado... Ven aquí. Eres un chiquillo, atolondrado, loco... ¡Olvidas nuestra experiencia!

(*Ríen*)

TONY.—¡No se rían! ¡No se burlen!

(*Más risas*)

¿Me oyen? ¡Cállense de una vez! Me dan ustedes lástima. Yo les aseguro que si, ahora, entre nosotros, apareciera una mujer...

JAVIER.—¡Oh, Tony! ¡Si apareciera una mujer bonita entre nosotros la conquistaríamos!

GABRIEL.—¡Naturalmente!

JACINTO.—¡Qué duda cabe!

TONY.—¡¡No!! (*Exasperado*) Si una mujer surgiera entre nosotros se burlaría de ustedes...

(*Grandes risas*)

JAVIER.—¡Oh! ¡Qué locura, Tony!

GABRIEL.—Es extraordinario... Es único.

JACINTO.—¡Fantástico! Nunca me he divertido tanto.

JAVIER.—¡Pobre Tony!

(*Siguen riendo. Pero las risas se cortan en seco porque allá, al fondo, aparece una bellísima figura de mujer. Se detiene en la puerta. Viste un precioso traje de noche y se cubre los hombros con una capa de pieles. Es hermosa, lleva un peinado delicioso y los ojos brillantes de lágrimas. Muy elegante. Tiene un vago gesto de temor y timidez. Es adorable*)

ELLA.—Buenas noches...

(*Silencio breve, gran sensación*)

TODOS.—¡¡Oh!!

JAVIER.—¿Quién es esta mujer? ¿Por dónde ha entrado usted?

GABRIEL.—¿Qué brujería es esta?

ELLA.—(*Suavemente*) ¡Perdón! Perdónenme ustedes... Se lo suplico.

JAVIER.—(*Fascinado*) Señora...

ELLA.—Necesito... Necesito un refugio para esta noche.

JAVIER.—¡Señora!

GABRIEL.—¡Ah!

TONY.—¡Qué bonita es!

GABRIEL.—Es hermosa...

JACINTO.—Hermosísima...

ELLA.—(*Una lágrima suave*) Es necesario... ¡Se lo pido con toda mi alma!

JAVIER.—Pero, señora... En esta casa solo hay hombres. Tendrá usted que pasar la noche con nosotros.

ELLA.—(*Mirándolos a todos*) No importa.

TODOS.—(*Encantados*) ¡¡Oh!!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Han transcurrido unos minutos desde el acto anterior. En escena, Gabriel y Jacinto.

(Gabriel, pasea muy nervioso. Jacinto curioseaa entre las colgaduras de una puerta. Un pequeño silencio. Gabriel, inopinadamente, se detiene e inquiere)

GABRIEL.—¿Qué?

JACINTO.—¡Nada! No oigo nada.

GABRIEL.—¿No hablan?

JACINTO.—Sí... A ella no se la oye apenas. Habla muy bajo... *(Sonríe)* ¡Oh, tiene una voz deliciosa!

GABRIEL.—¡Ah!

JACINTO.—¡Javier se ríe! ¡Oyes!

GABRIEL.—¡Digo! *(Enfadadísimo)* Le está haciendo el amor... Así empieza siempre. ¡Es su estilo!

JACINTO.—Chiss... *(Y atiende)* No, no hay cuidado. Le está contando un chiste. Una tontería.

GABRIEL.—Por eso... No olvides que Javier es un Don Juan simpático. Un frívolo. ¡Ah, traidor!

(Se deja caer en un sillón. Entra Damián, que atraviesa la escena)

¡Damián!

DAMIÁN.—Señor...

GABRIEL.—¿A dónde va usted?

DAMIÁN.—Ha llamado el señor. Seguramente la señora necesita algo. Con permiso...

JACINTO.—Un momento, Damián. ¿Dónde está Tony? El muchacho que entró por el balcón... Ha desaparecido.

DAMIÁN.—Se ha refugiado en mi cuarto. Está leyendo un libro que yo siempre tengo en la mesilla de noche. Se titula «Cien declaraciones de amor». ¡El pobre! Está furioso con los señores; dice que los señores son despreciables. Yo creo que exagera un poco...

(Y sale)

GABRIEL.—Bueno... ¡No puedo más!

JACINTO.—Pero, Gabriel...

GABRIEL.—¡Déjame en paz! Resulta que hace unos minutos estábamos aquí los tres tan divertidos discutiendo con ese majadero... De pronto, como invocada por el desafío de ese mequetrefe, aparece una mujer. Yo no creo en los duendes pero, en fin... Es una mujer desconocida. Un fantasma.

JACINTO.—(*Suspira*) No es un fantasma. Es una mujer encantadora...

GABRIEL.—(*Enérgicamente*) Una mujer que no sabemos quién es; que ignoramos por dónde ha entrado, pero que necesita pasar la noche escondida en esta casa... Entonces, nuestro amigo Javier la toma gentilmente del brazo y le dice: «¿Cómo no, señora? Esta casa es suya...» Y se la lleva tan tranquilo a su despacho. Y nosotros, aquí, plantados hace un cuarto de hora, muertos de curiosidad... ¡Oh!

JACINTO.—(*Pensativo*) ¿Quién es esa mujer?

GABRIEL.—Figúrate... Ha venido escapada. ¿De quién huye? ¿De un amante? ¿De otra mujer? ¿De la policía?

JACINTO.—Pero ¿tú crees que ella puede haber cometido un crimen? No es posible.

GABRIEL.—Pche... Un crimen, no sé. Pero algo muy extraño sucede. ¿Quién es esa mujer?

(Entra Damián)

DAMIÁN.—Con permiso de los señores.

(Se dirige al bar)

GABRIEL.—¿Qué hace usted?

DAMIÁN.—(*Imperturbable como siempre*) Voy a preparar una copa de oporto para la señora. Está un poco desfallecida...

GABRIEL.—¡Oh, la señora!

JACINTO.—¿Qué dice la señora?

DAMIÁN.—No habla casi... Don Javier le cuenta cosas divertidas... Ella, sonrío. El señor se ha sentado a su lado en el sofá del despacho...

GABRIEL.—¿Eh? ¿Oyes, Jacinto? ¡¡En el sofá!!

JACINTO.—¡Oh!

GABRIEL.—¡En el sofá!

DAMIÁN.—Con el permiso de los señores: yo creo que el sofá es lo más indicado en estos casos...

GABRIEL.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señor!

GABRIEL.—¿Usted conocía a esa señora? ¡Dígallo!

DAMIÁN.—No, señor.

JACINTO.—¿No ha estado nunca en esta casa?

DAMIÁN.—¡Jamás!

GABRIEL.—Pero usted sabe todos los rincones del piso... ¿Cómo ha llegado hasta aquí esa mujer?

DAMIÁN.—Lo ignoro, señor.

(Y, ya provisto de su botella y su copa, se marcha)

GABRIEL.—¡Dios! ¿Quién es esa mujer?

JACINTO.—*(Muy despacio)* Un sueño...

GABRIEL.—*(Mirándole)* ¡Jacinto!

JACINTO.—No olvidaré nunca su entrada en esta sala. Parecía una aparición. Además, su voz... Es la voz que se sueña y se desea. Tú sabes que yo me he dejado amar de muchas mujeres solo porque tenían una hermosa voz.

GABRIEL.—*(Transición)* No, Jacinto... Lo mejor de esa desconocida son sus ojos. ¡Qué bonitos son los ojos de una mujer con unas pocas lágrimas! Hasta esta noche no he sentido la fascinación de ese llanto. *(Un silencio)* ¿De quién huye esa mujer?

JACINTO.—*(Levanta la cabeza y dice sentenciosamente)* Quizá de sí misma...

GABRIEL.—*(Transición. Coge un libro, amenazador)* ¡A mí no me hagas tus frases!

JACINTO.—¡Gabriel!

(Entra Javier. Viene jovial, optimista, encantado)

JAVIER.—¡Hola, muchachos! Me advirtió Damián que estabais aquí...

GABRIEL.—¡Hombre! Menos mal.

JACINTO.—¡Javier!

JAVIER.—*(Ríe)* Es gracioso. Yo creí que os habíais marchado los dos. Es tardísimo. Ya es cerca de la una.

JACINTO.—Pero, Javier...

GABRIEL.—*(Mirando a Javier escamadísimo)* Oye, oye, oye... ¿Qué significa esto?

JAVIER.—¿Qué quieres decir? No entiendo...

GABRIEL.—¿Has oído, Jacinto? (*Irónico*) Javier creía que nos habíamos marchado...
Muy gracioso.

JACINTO.—Graciosísimo.

JAVIER.—(*Irónico*) ¿De veras? Yo no veo que esto tenga tanta gracia. Decididamente, tendréis que iros. ¡No vais a pasar aquí la noche!

GABRIEL.—¿Cómo? Pasaremos aquí esta noche. Y la noche de mañana. ¡Y la de pasado! ¡Y todas las noches de nuestra vida!!

JAVIER.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Pero ¿es que no recuerdas ya que hace una hora sentados los tres aquí, en estos sillones, hemos decidido vivir unidos todos los años que nos restan de vida?

JAVIER.—(*Ríe*) ¡Qué disparate!

JACINTO.—Pero, Javier, recuérdalo: comeríamos juntos, cenaríamos juntos, pasearíamos por el Retiro. Tú nos ofreciste tu casa. Yo era casi feliz. ¿Vas a faltar a tu palabra?

JAVIER.—¡Oh, basta! Todo esto es absurdo, increíble... Habéis dado crédito a unas palabras dichas en un momento de desesperación, de aburrimiento... Porque la verdad es que los tres estábamos aburridísimos.

JACINTO.—¡Javier!

GABRIEL.—Entonces... ¿Te niegas a darnos hospitalidad?

JAVIER.—¡Naturalmente!

GABRIEL.—(*Severísimo*) Javier... ¡Tú eres un sinvergüenza!

JAVIER.—¡¡Gabriel!!

JACINTO.—Por favor...

GABRIEL.—Eso. Un farsante, un mal amigo...

JAVIER.—¡Me estás ofendiendo!

GABRIEL.—No me arrepiento. Te lo mereces... ¿Crees que no te conozco? ¿Pretendes engañarme a mí, Javier? Qué locura... Yo sé perfectamente por qué has cambiado de idea, por qué han variado tus sentimientos... ¡Tú pretendes conquistar a esa mujer! ¿No es cierto?

JAVIER.—Gabriel...

GABRIEL.—¡Dilo!

JAVIER.—Querido Gabriel... (*Sonríe*) Ella es encantadora.

GABRIEL.—¡Oh! ¡Oh! Ya está clarísimo todo. Ha olvidado que hace unos minutos, los tres, unidos por una misma desgracia, maldecíamos del amor. Nos retirábamos como tres generales, cargados de gloria, que pierden por primera vez una batalla. Y ha bastado la llegada de una desconocida para te vuelvas loco y nuestros proyectos se desbaraten. ¡Oh! (*Transición*) Pero ¿sabes, al menos quién es esa mujer?

JAVIER.—No... Jamás la vi hasta hoy.

GABRIEL.—Bueno... Pero intentarás averiguarlo.

JAVIER.—Nunca. No me importa. Esa mujer es la aventura. Y a la aventura no se le puede pedir un carné de identidad...

GABRIEL.—Entonces... ¿Insistes en que nos vayamos a la calle?

JAVIER.—Sí, Gabriel... Por la misma razón que tú te obstinas en quedarte.

GABRIEL.—¡Ah!

JAVIER.—Porque a ti también te gusta esa mujer...

GABRIEL.—¡Javier!

(Javier sonríe. Gabriel, muy amustiado, se sienta en el sillón. Jacinto, acomodado al fondo fuma tranquilamente. Gabriel habla ahora con cierta emoción)

Qué tontería... *(Un pequeño silencio)* Y si así fuese... ¿Lo comprenderías, Javier? Mira, escúchame. Soy más viejo que tú... Yo sé que la vida, en realidad, se acaba muchísimo antes de llegar la muerte. Se deja de vivir cuando uno comienza a cansarse en los largos paseos, cuando sin saber por qué se sonríe con melancolía, cuando nos pone tristes la lluvia. Yo tengo ya muchos cabellos blancos... ¿Entiendes, Javier? *(Se levanta)* Se me escapa la vida y la alegría. Pero no puedo vivir sin amor. Nuestras promesas de esta noche eran puro delirio... Lo sé. Me asusta mi soledad. Y esa mujer puede salvarme. Estoy decidido a conquistarla. ¡Será la última!

JAVIER.—Gabriel, querido...

GABRIEL.—¿Comprendes, Javier?

JAVIER.—Me abrumas. *(Una pausa. Y suspira)* Yo también estoy cansado de esta vida nuestra tan agitada. Voy a retirarme del amor... enamorándome, que es la única manera que conozco. Y ya casi estoy enamorado de esa desconocida. Es una mujer que me envía el destino. Tengo muchas razones para creerlo... ¿Quién es esta dama desconocida? ¿Por dónde ha entrado en mi casa? ¿Por qué llora? ¿De quién huye? No lo sé... Pero ¡ah, Gabriel! El destino es algo muy serio. Yo creo en él: soy fatalista. El destino da a cada hombre lo que le conviene: a mi padre le hizo senador, y a mí que soy un hombre optimista, esta noche en que empezaba a sentirme triste, el destino me envía una mujer... *(Sonríe)* Una mujer que pide socorro, a medianoche, en mi casa: una mujer que me necesita. Tiene un secreto... Es muy bonita y sabe llorar dulcemente... Estoy decidido a adorarla.

GABRIEL.—¡Javier! Esto es un desafío.

JAVIER.—Lo siento, Gabriel.

GABRIEL.—Pero, al menos, serás un caballero. Me permitirás que le ofrezca mi amor, mi fortuna, mi posición...

JAVIER.—(*Superior*) ¡Oh! Sería inútil.

GABRIEL.—Lucharemos. Disputaremos su amor. Que ella elija entre los dos.

JACINTO.—(*Ha dejado su cigarrillo, pónese en pie y avanza hacia los otros*) Un momento... No riñáis todavía por esa mujer.

GABRIEL.—¡Caramba! ¿Por qué?

JAVIER.—¿Qué dices?

JACINTO.—Porque a mí también me gusta...

GABRIEL.—¡¡Jacinto!!

JAVIER.—Pero esto es enorme...

JACINTO.—Sí, sí... Esa misteriosa mujer me interesa extraordinariamente. Os confesaré que apenas apareció por esa puerta me sentí trastornado. Luego habló... Y ya fue un milagro. Tiene una voz maravillosa, fascinante...

GABRIEL.—¡La voz! (*Indignado*) Vamos, qué tontería. Tú estás loco. ¡Enamorarse de una voz! Lo más hermoso de esa mujer son los ojos...

JAVIER.—No creas... (*Sonriendo*) Lo más delicioso de la desconocida no son sus ojos, ni su voz, ni su pelo...

GABRIEL.—¡Ah! ¿Qué es, entonces?

JAVIER.—¡Sus manos! Hace unos minutos cuando tuve esas manos entre las mías...

GABRIEL.—(*Indignadísimo*) ¿Cómo? Pero ¿ya le has cogido las manos?

JAVIER.—Por Dios, Gabriel... Es lo elemental.

GABRIEL.—¡¡Oh!!

JACINTO.—(*Que mira por una puerta*) ¡Silencio!

JAVIER.—¿Qué?

JACINTO.—¡Ella! Ella viene hacia aquí. Puede oírnos.

JAVIER.—¡No! Eso no.

GABRIEL.—(*Enternecido*) Pobrecita... Creo que debemos retirarnos.

JACINTO.—Sí, sí... Pasemos a otra habitación. A tu alcoba. Seamos discretos.

JAVIER.—Entonces, ¿estáis decididos? ¿Vais a disputarme la conquista de esa mujer? ¿En mi propia casa?

GABRIEL.—Sí, Javier, amigo mío... Lucharemos; lealmente, esto sí, entre caballeros: como tres donjuanes auténticos no como aficionados... Pero compréndelo. Esta mujer puede ser mi felicidad. Y no me echés de tu casa. Es inútil. ¡No me iré!

(*Sale*)

JACINTO.—La necesito, Javier... Me siento más triste cada día.

(Sale)

JAVIER.—Pues bien: ısea! Acepto. Yo os demostraré a los cómo se enamora a una mujer...

(Sale tras Gabriel y Jacinto)

(Un silencio. Enseguida ella aparece. Un poco más serena. Anda unos pasos. Descubre un timbre y llama. Pronto aparece Damián)

DAMIÁN.—Señora... A las órdenes de la señora.

ELLA.—Gracias... ¿Cómo se llama usted?

DAMIÁN.—(Avergonzado) Damián... Un nombre feísimo.

ELLA.—(Sonríe) Por Dios... Muchas gracias, Damián. (Se calla) Dígame usted... ¿Cuánto tiempo hace que su señor alquiló este piso?

DAMIÁN.—Dos años, señora.

ELLA.—¿Conoce usted a los otros vecinos de la finca?

DAMIÁN.—Apenas, señora...

ELLA.—Verá usted, Damián. Creo que en el ático derecha vive un matrimonio. ¿Es cierto? Él es abogado. Es un hombre alto, arrogante... ¿Sabe usted algo de ellos?

DAMIÁN.—No, señora. El señor y yo hacemos una vida muy irregular. El señor se acuesta cuando amanece y se levanta al anochecer. Mientras los vecinos de esta casa están cenando nosotros desayunamos... Un desastre, señora. Pero no lo puedo evitar. No tengo ninguna autoridad sobre el señor.

ELLA.—ıClaro! Es natural... Su señor es un hombre muy original.

DAMIÁN.—Sí, señora: originalísimo. ¿Desea algo más de mí la señora?

ELLA.—No, Damián. Muchas gracias.

DAMIÁN.—Deseo a la señora una buena noche en esta casa. Si la señora me necesita, acudiré al momento. (Calla un instante) No dude la señora en llamarme... Esta noche no me acostaré.

ELLA.—ıOh!

DAMIÁN.—Sí, señora... Una mujer siempre puede necesitar la ayuda de un hombre, aunque sea un criado. Yo estoy seguro de que la señora es una verdadera señora...

ELLA.—Gracias otra vez, Damián... Pero ¿usted cree que es muy frecuente que una señora entre a media noche en una casa desconocida?

DAMIÁN.—Señora... Lo extraordinario les ocurre a todas las mujeres una vez en su vida. A las que no son señoras les suceden muchas veces cosas extraordinarias

que ya no son extraordinarias... Esta es la diferencia. Yo estoy seguro de que la señora está viviendo esta noche su única aventura...

ELLA.—(*Mirándole sorprendida*) ¡Ah! Qué bien habla usted, Damián.

DAMIÁN.—Lo indispensable, señora... La señora es muy amable. Buenas noches.

(Se inclina profundamente y sale. Ella le ve marchar con una cariñosa curiosidad. Al sentirse sola mira en torno; llena de recelo, de miedo quizá. Se siente abrumadoramente sola y se arrebujaba un poco en su capa de pieles. Javier asoma entre tímido y sonriente)

JAVIER.—Perdón... ¿Soy indiscreto?

ELLA.—(*Sonríe*) ¡Oh, no! Le esperaba...

JAVIER.—Gracias, ya está usted más tranquila. Al fin sonríe... Dentro de un momento ordenaré a Damián que prepare su habitación. Tendrá usted que dispensar algunas incomodidades... Pero, en fin, podrá usted retirarse a descansar cuando guste...

ELLA.—Gracias. (*Sonríe y calla un poco*) No sé cómo agradecerle Javier...

JAVIER.—(*Acercándose*) ¡Javier! (*Alegre*) ¿Sabe usted mi nombre?

ELLA.—Claro... Se lo oí decir a su criado. ¿Le extraña a usted la familiaridad? Bueno, de mí ya no le puede extrañar nada. Sí, sí... No proteste. Todo esto es tan fantástico... Usted pasaba la velada en casa, con sus amigos. De pronto, una mujer que irrumpe en esta habitación... Seguramente he llegado en el instante en que ustedes bebían la tercera copa de whisky, estaban muy alegres y comenzaban a hablar mal de las mujeres...

JAVIER.—Señora... Los hombres solos casi nunca hablamos mal de las mujeres.

ELLA.—¿Por galantería?

JAVIER.—Por falta de tiempo. Hablamos tanto de nosotros mismos...

ELLA.—¡Oh, vanidosos como Narciso amándose a sí mismo, al verse en el agua!

JAVIER.—Muchísimo más. Narciso es un pequeño anticipo del hombre contemporáneo... Sin embargo, señora, a una mujer inteligente solo deben interesarle los hombres muy vanidosos. La vanidad propia es la única forma de comprender y amar la vanidad ajena.

ELLA.—Es usted admirable. Lo comprende usted todo. (*Una pausa*) Bueno, ya puede usted preguntar. Le autorizo... (*Un silencio*) ¿No siente usted curiosidad por saber quién soy? ¿Ni siquiera por qué he pedido refugio en su casa? Pero ¿no sabe usted que esta casa tiene seis o siete pisos? Yo he podido entrar en el primero, en el cuarto, en el sexto... En cualquier habitación que

no fuese, precisamente, la suya. *(Sonríe)* ¡Oh! Confíese usted que está lleno de curiosidad...

JAVIER.—*(Sonriendo)* No, señora... Yo soy un optimista. La curiosidad es cosa de gente triste, que suele estar muy mal educada.

ELLA.—Pero ¿ni siquiera intenta usted saber el por qué de mis lágrimas? Hace unos minutos yo lloraba.

JAVIER.—¡Deliciosamente!

ELLA.—¿Qué?

JAVIER.—*(Sonriente)* Amiga mía... Las lágrimas de una mujer como usted y el crepúsculo son dos espectáculos tan deliciosos que uno quisiera que no terminaran nunca. Lloro usted de un modo tan maravilloso, tan sugestivo. La felicito.

ELLA.—*(Mirándole)* ¿Me está usted haciendo el amor?

JAVIER.—Todavía, no.

ELLA.—Pero ¿me lo hará usted?

JAVIER.—Sí... *(Muy serio)* Es lo correcto.

ELLA.—¡Claro! Seguramente pensará usted de mí una de estas dos cosas: que soy una loca...

JAVIER.—No... Eso es demasiado fácil. Se piensa siempre. Y no se acierta nunca.

ELLA.—Entonces, algo peor: cree usted que soy una aventurera... ¿No es eso?

JAVIER.—Imposible, señora. Las aventureras no hacen más que cosas vulgares. Lo más original que se les ocurre es casarse: como las mecanógrafas. *(Superior)* Tengo una gran experiencia...

ELLA.—*(Mirándole)* Es usted un poco cínico...

JAVIER.—*(Modestamente)* Señora... Soy un poco inteligente.

ELLA.—¡Oh!

(Se aparta de él unos pasos: está ligeramente irritada por el aplomo del siempre sonriente Javier. Se dirige al balcón. Mira en silencio a través de los cristales. Javier, lentamente la sigue... Un silencio)

JAVIER.—Una hermosa noche... ¿No es cierto?

ELLA.—¡No! *(Se vuelve. Otra vez tiene lágrimas en los ojos)* ¡Una noche horrible, espantosa!

JAVIER.—Señora...

ELLA.—La noche más cruel de mi vida! *(Cae en un sillón y se oculta la cara con las manos)* He hecho una gran locura esta noche. Una locura irremediable. Yo misma me asombro de verme ahora en esta casa, a su lado. Jamás creí

que pudiera estar tan serena, tan segura de mí misma cuando apenas han transcurrido unos minutos... Es increíble que yo pueda sobrevivir. Nunca sabemos nada de nosotros mismos. Desconocemos nuestras propias fuerzas. Qué pena, ¿verdad?

JAVIER.—¡Señora!

ELLA.—¡Usted tiene la culpa!

JAVIER.—¡Señora!

ELLA.—Sí, sí. ¡¡Usted!! Usted, con su corrección de hombre de mundo... Cuando yo entré aquí debió usted llamar a la policía.

JAVIER.—¡¡Qué horror!!

ELLA.—Y, desde luego, debió negarme hospitalidad.

JAVIER.—¡Imposible, señora! Yo soy un hombre bien educado...

ELLA.—(*Transición*) Es verdad... No sé lo que digo. Perdóneme... No olvidaré nunca su gentileza. Se lo prometo. (*Bajando los ojos*) Me llevaré un gran recuerdo de usted cuando mañana al amanecer, dentro de unas horas, abandone su casa para siempre...

JAVIER.—(*Acercándose un poco conmovido*) Pero ¿se irá usted mañana?

ELLA.—Sí, Javier.

JAVIER.—¿Y no la volveré a ver más?

ELLA.—No... Nunca.

JAVIER.—(*Una transición*) ¡Hola! Entonces, es necesario aprovechar bien el tiempo.

ELLA.—¿Eh? ¿Qué dice?

JAVIER.—Es más de la una: solo tenemos unas horas para nosotros... Figúrese usted. ¿Qué significan unas horas en toda una vida? Ante todo, escapémonos de aquí.

ELLA.—¿Eh? ¡No!

JAVIER.—Sí, sí... Huyamos de esta habitación... ¡Necesitamos música y «champagne»! ¡Pronto!

ELLA.—¡No! (*Asustada*) Eso, no. ¿Qué ha creído usted? ¡No saldré de aquí! ¡No, no! ¡No puedo salir! ¡No quiero!! ¡Déjeme usted!

JAVIER.—(*Sonriente*) Pero si no es preciso... (*Dulcemente*) Amiga mía, ¿cree usted que para volar al lugar que soñamos es preciso mover los pies del suelo? ¡Oh, no! Tenga un poco de imaginación, se lo suplico. Y si está usted fatigada y no tiene humor para soñar, apóyese en mí. Sueñe con mis sueños... Entre un hombre y una mujer, para encontrar una realidad bonita, basta con el sueño de uno de los dos. Yo soy un soñador. Mire usted: me fastidian los astrónomos porque descubren las estrellas y no son capaces de inventarlas.

ELLA.—¡Oh!

JAVIER.—Vamos... Cierre usted los ojos. Póngase en pie. Deme la mano... *(Ella le obedece)* Eso es. *(Ríe suavemente)* Acaba usted de bajar del automóvil... Ya estamos ante la puerta del «cabaret»... Vea el anuncio luminoso... ¡Demonio! Algo nos falta... *(Feliz)* ¡Ah, ya! *(Como buscando a un personaje imaginario)* ¡Eh, muchacha!

ELLA.—*(Aturdida)* ¿Qué hace usted? ¿A quién llama!

JAVIER.—A la florista... Buenas noches, chiquilla. Eres muy bonita. ¡Dame claveles! Muchos claveles para mi dama...

(Va a la mesita, coge el ramo de flores y corre a depositarlo en manos de ella)

Señora. Es mi primer ramo de flores. ¿No está usted un poco emocionada?

ELLA.—¿Yo? Pero qué loco es usted...

JAVIER.—¡Adelante! Entremos.

ELLA.—¿Dónde?

JAVIER.—En el salón. Aquí en la calle hace un airecillo... La noche está fría. *(La toma del brazo y la lleva unos pasos por la escena. Luego la suelta)* ¡Ajajá! Ya hemos llegado. No me negará usted que el baile está encantador...

(Mira entorno complacidísimo)

ELLA.—*(Siguiendo maquinalmente su mirada)* ¿Sí? ¿De veras?

JAVIER.—Sí. Las luces, la música. Es la madrugada, amiga mía: la hora del amor, de los sueños... La única hora en que las pocas gentes interesantes pueden ser felices, porque la Humanidad está durmiendo y no molesta... Venga usted. Nos sentaremos aquí. *(La conduce a la mesita situada entre los dos sillones)* Permítame...

(Y gentilísimo, la despoja de la capa que cubre sus hombros. Ella aparece más bella que nunca)

ELLA.—*(Con rubor)* ¡Oh! ¿Qué hace usted? Déjeme...

JAVIER.—*(Encantado)* Chiss... ¡Silencio! Es usted maravillosa. Es usted fascinadora. *(Transición. Da unas palmadas)* ¡Mozo! ¡Mozo!!

DAMIÁN.—*(Asoma indignadísimo)* ¿Es a mí, señor?

JAVIER.—¡«Champagne»!

DAMIÁN.—Ahora mismo, señor.

(Manipula el bar. Prepara dos copas y destapa una botella de champagne)

JAVIER.—Bueno, se ve que usted no está acostumbrada a visitar estos sitios. En confianza: ¿es la primera vez que la llevan a un «cabaret» como este?

ELLA.—*(Mirándole con dulce y tierna sonrisa)* Sí, la primera vez...

JAVIER.—¡Ah! *(Ufano)* ¿Y qué le parece?

ELLA.—Es bonito... *(Una pausa. Casi conmovida)* El dueño debe ser un hombre admirable. Es un «cabaret» que no se parece a ninguno.

JAVIER.—Psche... *(Modestamente)* Tengo varios como este.

(El criado va al aparato de radio. Lo enciende. Viene de lejos, suave y voluptuosa la melodía de un «fox» lentísimo. Damián sale. Javier está ante ella, brindándole sonriente una copa de champagne)

JAVIER.—¿Por nuestro encuentro?

ELLA.—Gracias.

JAVIER.—¿Oye usted esta música? Parece que está llena de caricias. Es una música hecha para amar locamente... *(Se acerca)* Qué bonita es la vida ¿verdad?

ELLA.—Pero esto no es vivir... Es soñar.

JAVIER.—Sí. Por eso es la vida tan bonita: porque nos permite que le seamos infieles con el sueño.

ELLA.—Pero, yo no quiero... ¿Me oye usted? Yo sé que la vida no es esto; sino lo que llega después de soñar: el desengaño, la desesperación, el remordimiento... La locura, icuando vemos que nada de lo soñado es posible en la vida! Usted no comprende esto porque nunca ha sido desgraciado...

JAVIER.—¡Oh! *(Le rodea la cintura con su brazo y con mucha ternura sin que ella pueda evitarlo, la obliga a bailar, lentamente al compás del «fox» que emite la radio)* Por favor, amiga mía... El pasado solo mortifica a las gentes inferiores que no tienen fantasía para inventarse un futuro. Sea usted generosa consigno misma. Lo que importa no es ayer sino mañana... Mañana, eso sí. *(Se detienen un momento. Con ansiedad)* ¿De verdad se irá usted de aquí cuando amanezca? Dígame que no. Me siento otro hombre sin saber por qué... ¡Oh! Sí, ya sé por qué... Esos ojos, tan cerca de los míos. Esos labios tan bellos. Pero sobre todo estos ojos. Lloraría ahora de buena gana, como un chiquillo. ¡Es una angustia tan hermosa llorar de alegría! ¿Pero usted también va a llorar...?

ELLA.—Es esa música... Tanta emoción de esta noche.

(Vuelven a bailar)

JAVIER.—¡Chiss! No sea usted cruel... Déjeme creer que mi emoción la hizo llorar un poco... Los hombres somos felices con estos pequeños engaños: deje usted sus recuerdos, la aventura que la ha empujado hasta mi casa para que yo la tenga entre mis brazos en este «cabaret» de ilusión...

ELLA.—Javier...

JAVIER.—Aprenda usted a ser sueño... Sueño mío.

ELLA.—¡Javier!

JAVIER.—¡Amor!

ELLA.—No, esto no... ¡Dios mío! *(Suavemente)* ¡Suélteme!

JAVIER.—¡No! Sueño mío de quien ni siquiera sé el nombre. Has venido a mí como una aparición, como un milagro... Caíste en mis brazos. *(Sonríe infinitamente dichoso)* Mis brazos no te soltarán. Dentro de unas horas, al amanecer saldremos juntos de esta casa.

ELLA.—¡Oh, no! Eso no. No puede ser... ¡Es imposible! ¡No, no, no! ¡Déjeme!

JAVIER.—Sí. Huiremos muy lejos... Verás. No seremos nunca desdichados porque nosotros sabemos el secreto: viviremos alegres, como criaturas... Reiremos juntos; cantaremos juntos... Yo tengo alegría para los dos: en nuestro amor no habrá más lágrimas que las de nuestra propia felicidad...

ELLA.—No, no... Es mentira. *(Sollozo)* ¡Los hombres no saben amar así!

JAVIER.—*(Sonríe)* Yo, sí...

ELLA.—¡Usted!

JAVIER.—Te lo juro...

(Aparece Jacinto. Se detiene junto a la puerta. Una tosecilla)

JACINTO.—¡Oh, perdón!

JAVIER.—¿Quién? *(Volviéndose, como si despertara)* ¡Ah! ¡Eres tú, Jacinto!

JACINTO.—Verás... Es que Gabriel se impacienta. Creo que te necesita.

JAVIER.—Sí, sí... *(Sonríe embarazado)* Te aseguro, Jacinto, que me había olvidado de vosotros. *(Va hacia ella y le coge una mano)* Buenas noches, señora...

ELLA.—Buenas noches, Javier.

JAVIER.—*(Besándole la mano. En voz muy baja)* Hasta mañana, amor...

ELLA.—¡Oh!

JAVIER.—*(Ya junto a la puerta)* Buenas noches...

(Y se va. La musiquilla dulzona y acariciadora prosigue en el receptor. Una pausa. Ella se dirige al balcón. Jacinto, desde lejos, la sigue)

JACINTO.—Señora...

(Ella se detiene y vuelve hacia él la cabeza)

Señora... he venido a turbar unos momentos muy agradables. ¡Perdóneme!
Javier es un hombre simpático, irresistible, alegre...

ELLA.—Sí, muy alegre.

JACINTO.—*(Suspira)* Yo no. Yo soy muy triste. Tristísimo. Pero creo que esta noche puedo comprenderla a usted mejor que Javier. Los hombres alegres son muy superficiales... Yo sé que esta noche ha vivido usted un drama.

ELLA.—¡Ah! Sí... Pero ¿cómo lo sabe?

JACINTO.—Señora... No es difícil. Soy un poco psicólogo. Además los desgraciados nos comprendemos antes. *(Con un melancólico orgullo)* ¡Yo también soy desgraciado!!

ELLA.—¿Esta noche?

JACINTO.—*(Con naturalidad)* Siempre... Yo soy desgraciado siempre. Todos los días.

ELLA.—*(Conmovida)* Pobrecillo.

JACINTO.—Horroroso... Figúrese usted. Pero, ¡oh, señora! Yo no tengo derecho a entristecerla a usted. No, no me lo perdonaría nunca. *(Una transición. Como vencién dose a sí mismo)* Señora, cuando yo llegué bailaba usted con Javier... ¿Me permite usted que yo le sustituya? Esa música es muy agradable...

ELLA.—*(Como en un consuelo)* Sí, sí... Vamos.

JACINTO.—Gracias... *(Se acerca y bailan muy despacio)* Quizá sea una pieza demasiado alegre para nosotros. Yo prefiero la música que canta un desengaño o un dolor... Me encanta la melodía de «Madame Butterfly»... *(Callan)* Baila usted maravillosamente...

(Ella le mira interesadísima. De pronto, Jacinto, bruscamente, se detiene, la suelta, se lleva una mano a los ojos. Se tambalea. Ella le sostiene aterrada)

JACINTO.—¡¡Oh!!

ELLA.—¿Qué es esto? ¿Qué le sucede? ¿Se siente enfermo? ¡Dios mío, qué pálido está!

JACINTO.—No, no es nada... Un vahído.

ELLA.—Venga usted... Apóyese en mí.

(Le lleva hasta un sillón. Va a la radio y corta la música)

JACINTO.—Gracias...

(Cae desmayadamente en la butaca)

ELLA.—*(A su lado, en pie, muy cerca de él)* Avisaremos a Javier... Que llamen a un médico.

JACINTO.—¡No, eso no! Por favor...

ELLA.—*(Pasándole con suavidad la mano por la frente. Apartándole algunos cabellos. Está muy conmovida)* Tiene usted fiebre...

JACINTO.—No, no, se lo suplico... Que no se entere nadie. Además sería inútil. No comprendería... Se burlarían de mí. Y un médico no puede entendernos, cuando el mal está aquí, muy dentro, en el corazón, en el alma... *(Se oculta con desesperación la cara entre las manos)* Señora: ¡si usted supiera!

ELLA.—*(Arrodillándose a su lado)* ¡Jacinto, amigo mío! *(Con ternura)* Hable usted. ¿Qué teme...? ¿Puedo consolarle?

JACINTO.—*(Inundado de esperanza, casi con lágrimas en los ojos. Le toma las manos emocionadísimo)* Usted... ¡¡Usted!!

ELLA.—Sí, yo... Yo, sí, puedo comprenderle. ¡Yo sufro como usted! ¡Yo también he llorado!

JACINTO.—Entonces... ¡esto sería la felicidad, la dicha, el fin de mi amargura! ¿Es posible? ¿He encontrado una mujer que me comprende? Pero, señor, ¡qué prodigio es este? Porque sépalo usted, señora: esta es mi única enfermedad, mi mayor dolor... ¡Esta soledad mía que me ahoga y me consume! Y ahora usted aparece ante mí como un ángel, brindándome su consuelo, su ternura... Gracias ¡¡Gracias!!

(Le coge las manos y se las besa apasionadamente)

ELLA.—*(Emocionada)* ¡Jacinto!

JACINTO.—¿Será usted la mujer que he buscado toda mi vida? ¿Es usted quien va a llenar mi vida de dulzura? ¿Es usted la mujer que yo necesito? *(Iluminándose)* Una mujer que no sea como las demás: que sepa amar y proteger. Que sea al mismo tiempo madre y amante... Señora ¿usted siente la maternidad?

ELLA.—*(Se asusta)* ¡Oh!

JACINTO.—Cállese... No hable. No conteste. Silencio... Por piedad. Pueden oírnos. Y no nos comprenderían... *(Satisfechísimo)* ¡A nosotros no nos comprende nadie! Hablaremos luego... Pero, ahora, silencio, silencio... *(Reclinando la cabeza en el respaldo del sillón, sonrío y cierra los ojos)* ¡Oh!

ELLA.—¡Jacinto! ¿Se siente enfermo otra vez?

JACINTO.—No... No sé (*Habla con los ojos cerrados*) Es como un vahído muy dulce... Es la felicidad.

(*Calla. Ella, sin alzarse el suelo se incorpora ligeramente hacia él*)

ELLA.—(*A media voz*) Jacinto... Jacinto... ¡Jacinto!

(*Cortísima pausa. Entra Gabriel. Se indigna al verlos. Casi brinca*)

GABRIEL.—¡¡Muy bonito!!

ELLA.—¡Se ha desmayado!

GABRIEL.—(*Airado*) Quia.

ELLA.—Llame usted... ¡Pida socorro! ¡¡Pronto!!

GABRIEL.—No, no señora... No hace falta.

ELLA.—¿Cómo?

GABRIEL.—Esto le ocurre a Jacinto con mucha frecuencia... Sobre todo en estas ocasiones... Es una enfermedad. Se le pasa durmiendo.

ELLA.—¿Está usted seguro?

GABRIEL.—(*Torvo*) Segurísimo.

ELLA.—(*Contemplando a Jacinto tiernamente*) Sí... Parece que se ha quedado dormido. ¡Pobre Jacinto! (*Se levanta*) Es tan desgraciado.

GABRIEL.—¿Eh? (*Indignadísimo*) Bueno.

ELLA.—Es un niño.

GABRIEL.—Sí... Eso es. Un niño. El pobre no hace más que niñerías. Señora, no me importa confesárselo a usted en secreto: yo me siento un poco padre de mis amigos. Los quiero, figúrese usted, de un modo casi paternal... ¿Comprende usted? Soy algo mayor que ellos, tengo más experiencia. En una palabra: me siento superior. Les quiero, les aconsejo. (*Sonríe bondadosamente*) ¡Oh, a veces hasta les presto dinero...! ¡Son tan locos! Sobre todo Jacinto, el pobre, no tiene una peseta... (*Jacinto se estremece en el sillón*) Yo soy riquísimo... Tengo grandes negocios, empresas internacionales, pertenezco a la alta banca... Pero todo es inútil, amiga mía, no soy feliz... (*Ahora adopta tono y continente compungidos. Ella le oye con mucha curiosidad*) Me falta algo que no se adquiere con oro. (*Una pausa en la que dirige sus ojos, casi húmedos, al suelo*) El amor... la ternura. Unos ojos de mujer que miren a los míos, con piedad y con cariño... Unos ojos como los de usted. No, no, no hable: déjeme usted. Si yo encontrara una mujer que supiera mirarme así, como usted me mira ahora, con esos grandes y bonitos ojos, que tuviera esas lindas manos para acariciar mis canas, yo me convertiría en su esclavo. Mi fortuna, mi

nombre, mi posición, mi influencia, caerían a sus pies... Viviríamos una vida extraordinaria; los inviernos en el sur de Italia, el otoño en París, los veranos en la Costa Azul, la primavera en Madrid. Tengo un hotel en el Bosque de Bolonia, un piso en Recoletos, dos automóviles... Pienso comprar un avión. *(Emocionado)* Si yo encontrara esa mujer... *(Sonríe)* Pero había de ser una mujer exactamente igual a usted. Como usted misma... *(Rápido)* ¡Chiss! No, no, no me responda ahora... Piense, reflexione; más tarde hablaremos... Una negativa me mataría. No la podría soportar... *(Va retrocediendo hacia la puerta. Al pasar junto al sillón donde reposa Jacinto, dice con profunda lástima)* ¡El pobre! Sospecho que está completamente arruinado...

(Y se va)

(Ella le ve marchar verdaderamente estupefacta. Todavía no se ha repuesto de su asombro cuando se oye la desmayada voz de Jacinto que se agita en su sillón y abre los ojos)

JACINTO.—¿Dónde estoy?

ELLA.—Jacinto...

JACINTO.—¿Qué ha sido esto? He perdido el conocimiento. Estoy avergonzado... Qué horror. ¡Y aquí mismo, en su presencia! *(Aterrado)* No me compadezca siquiera. Pero piense en mí. Piense cuánto la necesita este pobre hombre tan débil y tan desgraciado.

(Sale)

ELLA.—¡¡Oh!! ¡Dios mío!

(Irrumpe atolondradamente, Tony por el lado opuesto)

TONY.—¿Está usted sola?

ELLA.—¡Ah! ¡¡Usted!!

TONY.—Sí, señora... Yo ¡Tony!

ELLA.—Usted ahora, claro. Usted también me va a hacer el amor... *(Excitándose)* Adelante. ¿Se ha enamorado usted de mí esta noche?

TONY.—Quia; no, señora. De ninguna manera.

ELLA.—*(Irónica)* ¿Está usted seguro?

TONY.—¡Toma! Ya lo creo. A mí no me gusta usted.

ELLA.—¡Oh!

TONY.—A mí solo me gusta Teresita. (*Ufano*) ¡Mi novia!

ELLA.—¡Ah!

TONY.—Sí, sí,... Teresita es más delgada que usted y no tal alta. Y rubia. Y tiene los ojos azules. (*Encantado*) Es muy bonita.

ELLA.—Lo creo... (*Irónica*) Debe ser encantadora.

TONY.—(*Encantado*) Sí, señora.

ELLA.—Enhorabuena. Le felicito porque tiene una novia más bonita que yo, rubia... Eso es.

TONY.—Muchas gracias. (*Cándidamente*) Pero... ¿la he ofendido a usted, señora?

ELLA.—¡Oh, no! ¡Por Dios! Qué disparate. Por lo menos es usted mucho más original que los otros. Lo que sucede es que, realmente, no comprendo por qué viene usted, ahora a contarme todo esto.

TONY.—¡Señora!

ELLA.—Sí, sí. ¿Qué me importa usted a mí? Y muchísimo menos su Teresita.

TONY.—¡Señora! Por favor. (*Muy dolorido*) No trate usted así a Teresita.

ELLA.—¡Oh!

TONY.—Es usted injusta con nosotros... Yo solo quería despedirme de usted. Me marchó... Pero antes, quisiera saber... tengo mucho curiosidad. (*Sonriendo*) Señora, ¿quién de ellos tres la ha conquistado a usted?

ELLA.—(*Sorprendida*) ¿A mí?

TONY.—¡Claro!

ELLA.—(*Poniéndose en pie*) ¿Qué quiere usted decir?

TONY.—Sí. Dígame... ¿Quién la ha seducido antes, Javier, Gabriel o Jacinto?

ELLA.—¡Oh! Pero esto es indigno... ¡Es usted un insolente! ¿Cómo se atreve a hablarme así?

TONY.—(*Asustado*) ¡Señora!

ELLA.—¡Salga usted de aquí! ¡Déjeme sola!

TONY.—Pero, señora... Yo le explicaré. ¡Yo no tengo la culpa!

ELLA.—¿Quién cree usted que soy yo?

TONY.—No se exalte: está usted nerviosísima... La culpa es de ellos. Son tres donjuanes, señora. Yo les decía que el amor no es como ellos creen; el amor no es un truco sino un milagro... Y ellos tres se reían de mí. Yo les dije que cualquier mujer se burlaría de ellos... Pero ellos se reían más y me aseguraban que enamorarían a cualquier mujer que llegase si era bonita. ¡Y de pronto apareció usted!

ELLA.—¡Ah!

TONY.—Luego empezaron a discutir... Yo los oía desde la alcoba del criado. Y ya no sé más. Ha pasado el tiempo y yo me aburro aquí. Supuse que ya habrían

tenido tiempo de hacerle a usted el amor. Quise saber quién de los tres había triunfado. Como son tan tremendos...

ELLA.—¡Oh! Entonces...

TONY.—Por eso me atrevía a preguntarle... Perdóneme usted.

(Una pausa. Al fin ella levanta los ojos húmedos hasta Tony)

ELLA.—*(Con amargura)* ¡Y a esto llaman amor los hombres!

TONY.—¡No, señora! El amor no es eso. *(Suspira hondo)* ¡Qué saben ellos! El amor es sentir lo que yo siento ahora mismo: que Teresa está aquí, a mi lado. Yo oigo su voz y sus suspiros y su risa... El amor es casi la muerte porque, de tanto entregarse a la que se ama, uno ya no existe.

ELLA.—Sí, eso sí es el amor.

TONY.—*(Transición)* Señora, ¿usted está enamorada?

ELLA.—*(Emocionada)* ¡Sí, Tony!

TONY.—*(Desconfiado)* ¿De Javier? ¿De Gabriel? ¿Jacinto?

ELLA.—¡No!

TONY.—*(Alegremente)* ¡Ah! ¿De otro hombre?

ELLA.—Sí, Tony.

TONY.—Y... ¿Le quiere usted mucho?

ELLA.—*(Solloza suavemente)* ¡Con toda mi alma!

TONY.—*(Jubiloso)* ¿Tanto como yo a Teresa?

ELLA.—*(Con ternura)* Sí... tanto como usted a Teresa.

TONY.—¡Ah! Entonces... Venga. *(Corre hasta el sillón donde se halla el abrigo de ella y se lo pone sobre los hombros)* Ahora mismo...

ELLA.—No...

TONY.—Sí, sí. Saldremos sin que nos oigan. Y la llevaré a usted al lado de ese hombre que ama... ¡Vámonos!

ELLA.—No... *(Lentamente)* Ya no puede ser. Es tarde.

TONY.—¿Por qué?

ELLA.—Porque a veces, Tony, el amor, eso que amamos tanto, se revuelve contra nosotros. Y es ingrato y cruel... Y nos ofende y nos hiere para siempre, nos arroja de su lado. Parece que nos quitan la vida. Pero es inevitable... No tiene remedio.

TONY.—*(Calla un momento. Y habla con ingenua gravedad)* Sí. Hay un remedio.

ELLA.—*(Anhelante)* ¿Cuál? ¡Dígallo!

TONY.—¿Perdonar?

ELLA.—¡Perdonar!

TONY.—Sí... Perdonar una vez y otra: muchas veces. O mejor todavía, pedir perdón nosotros por la ofensa que nos han hecho los demás. Es muy sencillo... Si un día Teresa me ofendiese gravemente, yo sufriría mucho pero le diría: perdóname, Teresita. Tú no has pecado: he sido yo, mi vida ¿Quieres perdonarme? Y en el perdón que ella me diese iría todo mi perdón para ella...

ELLA.— ¡Tony! (*Deslumbrada*) ¡Qué hermoso es eso!

TONY.—Señora...

ELLA.—¡Qué noble, qué extraordinario es usted!

TONY.—(*Modestamente*) ¡Por Dios! No tiene importancia... Es que estoy enamorado.

(Un silencio. Sonríe. Abre el balcón de par en par. Y se dispone al salto)

Señora, le deseo a usted que sea muy dichosa... ¡Buenas noches!

ELLA.—(*Alarmada*) Pero, criatura, ¿va usted a salir por el balcón?

TONY.—Sí, señora. No tiene importancia. Ya estoy acostumbrado.

(Y, sigilosísimo, salta y desaparece)

ELLA.—¡Oh! ¡Adiós, Tony! (*Cierra las vidrieras. Abre los visillos y le despide con la mano*) Adiós.

(Vuelve muy despacio hasta el centro de la estancia. Esta sola consigo misma. Se va acercando insensiblemente a la mesita del teléfono. Tiene los ojos fijos en el suelo. Se abriga más dentro de sus pieles. Ha transcurrido una pequeña pausa. Bruscamente se abre una puerta y aparece Jacinto)

JACINTO.—(*Cauteloso*) ¡Chiss! ¡Chiss!

ELLA.—(*Con voz ahogada*) ¡Ay! ¿Quién?

JACINTO.—Soy yo... No se asuste... No grite. Dos palabras nada más... Dentro de unas horas, cuando amanezca la esperaré a usted aquí, en esta misma habitación... ¿Acudirá usted?

ELLA.—(*Sin mirarle*) ¡Sí!

JACINTO.—¡Gracias! (*Transportado*) ¡Le deberé a usted mi felicidad!

(Y desaparece)

ELLA.—¡Oh!

(Por otra puerta aparece, sin ruido alguno, Gabriel)

GABRIEL.—¡Chiss!

ELLA.—¡Usted!

GABRIEL.—Sí, no podía descansar sin verla por última vez esta noche. No me olvide usted, se lo suplico. Toda mi vida depende de usted. *(Con ansia)* ¿Mañana?

ELLA.—Sí.

GABRIEL.—¡Oh, gracias!... Pequeña mía. Qué feliz soy... Buenas noches. Al amanecer estaré junto a la chimenea...

(Y sale)

ELLA.—¡Dios mío!

(Y ahora es Javier quien entreabre las cortinas de la tercera puerta para aparecer entre los pliegues, todo sonrisas)

JAVIER.—¡Amor mío!

ELLA.—¡Oh! ¡Usted!

JAVIER.—Sí, yo... Tu enamorado. No hables, no digas nada. Solo quiero verte ahora para soñar contigo. Faltan apenas unas pocas horas para que se haga de día... ¿Te espero?

ELLA.—¡Sí!

JAVIER.—*(Felicísimo)* ¡Amor!

(Le envía un beso. Y desaparece. Queda ella sola. Nerviosa, inquieta, no sabe si reír o llorar. Y de pronto se abalanza sobre el teléfono, marca un número y habla loca de emoción entre risas y sollozos)

ELLA.—¿Eres tú? ¿Tú?... ¡Miguel! Soy yo... No, no grites... Calla... Calla... Amor mío... ¡Vida mía! ¡Mi tesoro! ¡Mi cielo!... ¡Perdón!

TELÓN

ACTO TERCERO

En la misma estancia. Horas después del acto anterior. Por el balcón se filtran alegremente, las primeras luces jubilosas del amanecer.

(Entra Damián y apaga la pantalla y la lámpara que aún permanecían encendidas. Va a salir, pero entra Javier)

JAVIER.—Damián...

DAMIÁN.—Buenos días, señor... Pero ¿cómo? ¿El señor no ha cambiado todavía de ropa?

JAVIER.—No, Damián... La señora ha ocupado mi cuarto.

DAMIÁN.—¡Oh!

JAVIER.—He pasado la noche en el despacho, ien un sillón! *(Encantado)* Una noche inolvidable, Damián. Te lo aseguro. No sé si he dormido: solo sé que he soñado.

DAMIÁN.—¡Magnífico, señor!

JAVIER.—Damián, viejo gruñón. Ven aquí. Mírame. ¿No notas en mí nada extraordinario?

DAMIÁN.—El señor siempre es extraordinario.

JAVIER.—Mírame a los ojos. ¿No tengo hoy una expresión particular?

DAMIÁN.—Un poco de sueño.

JAVIER.—¡No es eso!

DAMIÁN.—Entonces, es que el señor se ha enamorado otra vez. No falla.

JAVIER.—¡Eso! Acertaste, Damián. Estoy enamorado por última vez en mi vida. Se acabaron para siempre las locuras, los amoríos... Tanta aventura estúpida. Desde hoy renuncio a todas las mujeres... *(Sonríe)* Menos a ella... A ella no renunciaría nunca aunque me costase la vida. ¡La adoro, Damián! ¡La adoro! Felicítame.

DAMIÁN.—Le felicito, señor...

JAVIER.—Gracias... ¡Oh, que hermosa es la vida! *(Acercándose al balcón)* Amanece... Se han ido las estrellas... ¿Ves qué maravilla? Ya es de día pero aún no ha salido el sol. También viene el alba a mi vida, Damián. Me siento contento de mí mismo. Dentro de unos minutos se abrirá esa puerta y el sol radiante vendrá hacia mí; dos manos extendidas, unos labios que sonríen. Y sus ojos... ¡Oh! *(Transición)* Damián.

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—Prepara una maleta con lo más indispensable... ¿Comprendes? Me la llevo fuera de Madrid unos días. ¡Ah! Pon el «chaquet»: puede ocurrir que ella se empeñe en que nos casemos. Y ahora dos tazas de café bien caliente. Disponlas en esta habitación. Que no despierte nadie. A propósito: ¿dónde han pasado la noche Gabriel y Jacinto?

DAMIÁN.—Don Gabriel está en el sofá del recibimiento. Don Jacinto en la despensa.

JAVIER.—¡Bravo! (*Ríe. Luego sonrío ligeramente enternecido*) Bueno... Si ellos supieran que, en el fondo me dan un poco de lástima. ¡Pobre Gabriel! ¡Pobre Jacinto! Pero, en fin así lo han querido. Me desafiaron... Gabriel dijo: lucharemos los tres por esa mujer. Hagámosle el amor uno tras otro. Y el que venza se la llevará. Yo, figúrate, no tuve inconveniente...

DAMIÁN.—¡Naturalmente, señor!

JAVIER.—(*Superior*) Yo estaba seguro de triunfar... Y triunfé. ¡Ah, tuve una de mis grandes noches! Estuve inspiradísimo... Mira, Damián: en confianza te confesaré que el secreto de mi donjuanismo está en mi sinceridad. Sí, yo hago el amor porque me enamoro; soy así. Me resulta facilísimo enamorarme de todas las mujeres. Una mecanógrafa o una duquesa. Da igual. Porque las mujeres no nos aman a nosotros, sino al amor que nosotros sentimos por ellas. ¡Oh! Algunos médicos dicen que Don Juan no es así, pero no hay que hacerles caso: del amor y del reuma no saben nada los médicos... (*Ríe*) Además yo soy un Don Juan de la mejor escuela, de la antigua. Yo, conquisto a las mujeres; no me dejo conquistar por ellas... Soy tradicionalista. (*Transición*) Vivo, Damián: el café... Ella saldrá enseguida. Voy a arreglarme un poco.

(*Y sale disparado*)

DAMIÁN.—Sí, señor.

(*Intenta salir de nuevo, pero irrumpe Gabriel por el fondo*)

GABRIEL.—(*Orondo, feliz*) ¡Hola, Damiancete, barbián! Buenos días.

DAMIÁN.—Buenos días, señor. El señor habrá pasado una noche horrible en el recibimiento...

GABRIEL.—Ca, no lo creas. Ha sido una noche hermosísima.

DAMIÁN.—¡Señor!

GABRIEL.—Sí. He estado haciendo un programa para todo el resto de mi vida.

DAMIÁN.—¡Ah!

GABRIEL.—Sí, sí... Terminó el don Gabriel que tú conoces. Desde hoy seré otro. Una vida nueva, apacible, sosegada. Como corresponde a mi edad. Algún viajecito, una casa en el campo, mucha tranquilidad, y unos hijitos pequeños, gordezuelos, rubios, colorados... (*Ríe angélicamente*) ¡Muy colorados!

DAMIÁN.—(*Atónito*) Pero, señor...

GABRIEL.—(*En secreto*) Damián: tú eres quien primero va a saberlo. (*Casi ruborizado*) ¡Me caso!

DAMIÁN.—(*Asustado*) ¡Señor!

GABRIEL.—Sí, sí... (*Indignado consigo mismo*) ¡Basta ya de hacer el Tenorio una y otra vez! Se acabó... Me caso. (*Pícaro. Señalando a la habitación de al lado*) Figúrate con quién ¿eh?

DAMIÁN.—¿Con la desconocida, señor?

GABRIEL.—Sí... (*Alegremente pensativo. Ríe*) Es curioso: todavía no sé cómo se llama. Pero qué importa... (*Ríe bajo*) El amor no tiene nombre... (*Se marcha*) ¡Oh, el amor, el amor! Tú no puedes comprender, Damián. Te vas volviendo viejo.

(*Sale. Damián está asombradísimo*)

DAMIÁN.—¡Señor!!

(*Entra Jacinto. Viene atusándose el lazo. Está desconocido: alegre, nuevo, casi resplandeciente*)

JACINTO.—¡Damián!

(*Se ríe*)

DAMIÁN.—¡Señor! (*Sorprendido*) Pero ¿qué es esto, señor? ¿El señor está contento?

JACINTO.—Contentísimo.

DAMIÁN.—¿El señor no está triste?

JACINTO.—No, no... (*Inefable*) Ya no hace falta.

DAMIÁN.—¡Señor!

JACINTO.—¡Al diablo mi melancolía, Damián! Desde hoy no la volveré a usar más, si no es en un momento excepcional...

DAMIÁN.—¡Ah!

JACINTO.—Sí..., cuando ella necesite que yo sea desgraciado, para consolarme y ser ella absolutamente dichosa. ¿Entiendes, Damián? Ella es la mujer de mi

vida. Es tierna, delicada. Me consolará, me dará fuerzas, me mimará. Me tratará como a un niño. ¿Qué más puede desear un hombre?

DAMIÁN.—Desde luego... Mi enhorabuena, señor. Con permiso, señor.

(Y se va. Jacinto se dirige al balcón, contempla optimista el amanecer y silba un «couplet». Entra Gabriel. Muy tímidamente se dirige a Jacinto. Una pausa)

GABRIEL.—¡Je! Buenos días, Jacinto...

JACINTO.—*(Volviéndose)* ¡Hola! Gabriel... *(Mirándole tiernamente)* ¡Pobre Gabriel!

GABRIEL.—¡Caramba!

JACINTO.—Qué mal aspecto tienes... Se comprende. Has pasado una noche tremenda. No has dormido. ¡Pobre Gabriel!

GABRIEL.—¡Hombre!

JACINTO.—Tú ya no estás para estos trotes... ¡Los años, Gabriel, que no pasan en balde!

(Le da golpecitos en la espalda)

GABRIEL.—Oye, oye, oye...

JACINTO.—*(Suspira)* Te convendría una temporadita en el campo. Yo, en cambio, me siento nuevo, rejuvenecido, alegre... ¡Qué hermoso es el amor, Gabriel!

GABRIEL.—¿Eh?

JACINTO.—Sí. Tú ya me comprendes... *(Generosamente)* Conque estoy arruinado... ¿Eh?

GABRIEL.—¡Je!

JACINTO.—¡Y no tengo una peseta!

GABRIEL.—¡Je!

JACINTO.—¡Y te debo dinero! ¡Ah, gran miserable!

GABRIEL.—*(Ruborizado)* Verás... Tuve que emplear todos mis recursos. La verdad es que Javier y tú hacéis el amor de un modo tan vivo, tan artístico... Sois verdaderos actores. Yo tengo otro estilo. Mi donjuanismo es más vulgar. Lo sé.

JACINTO.—*(Protector)* Nada, nada. Ni una palabra... Te comprendo y te perdono. *(Pensativo)* Mira: realmente, te disculpo porque he triunfado.

GABRIEL.—*(Atónito)* ¿Qué?

JACINTO.—Sí. El amor, el éxito nos hace generosos con nuestros rivales. ¡El amor es como la guerra! *(Severo)* Si en nuestra batalla amorosa de esta noche yo hubiese resultado vencido no te perdonaría jamás tus tretas...

GABRIEL.—Oye, tú... ¿Qué quieres decir?

JACINTO.—¡Gabriel! *(Dulcemente)* ¿No lo has adivinado todavía? Os he derrotado.

GABRIEL.—¡No!

JACINTO.—*(Dichosísimo)* Ella me ama.

GABRIEL.—¡¡No!!

JACINTO.—Sí. La he conquistado... Absolutamente. Para siempre. *(Sonríe)* Ahora, te ruego que seas discreto.... Dentro de un momento aparecerá ella. Estamos citados aquí, en esta habitación. Nos iremos juntos.

GABRIEL.—*(Un grito)* ¡¡Quia!!

JACINTO.—¿Cómo?

GABRIEL.—¡¡Que no!!

JACINTO.—*(Picado)* ¿Qué quieres decir?

GABRIEL.—¡Vamos! Tú has soñado, Jacinto...

(Y ríe)

JACINTO.—¡¡Gabriel!!

GABRIEL.—Quita, quita... *(Riendo)* Quien está citado con esa mujer aquí mismo a esta hora... ¡soy yo!

JACINTO.—*(Palideciendo)* No. ¡Imposible!

GABRIEL.—¡Estoy segurísimo! Si lo sabré yo.

JACINTO.—¡Mientes!

GABRIEL.—*(Airado)* ¡Jacinto!

JACINTO.—¡Gabriel!

(Aparece Javier. Los otros enmudecen. Se dirige a Gabriel y a Jacinto y a los dos les estrecha la mano con cierta emoción)

JAVIER.—Jacinto, querido... Gabriel, amigo mío.

(Una pausa embarazosa. Javier habla lentamente. Los otros le observan con mucha atención)

Es un poco violento este instante... Ya lo sé. Para vosotros es este un golpe muy duro. Cada Don Juan tiene su vanidad.

(Calla un poco. Los otros le miran terriblemente)

Yo quisiera, sin embargo, que esta aventura no enturbiara nuestra vieja amistad. Sufriría tanto... Es la primera vez desde hace veinte años que una mujer pone en peligro nuestra camaradería. Estoy emocionado... ¿Lo comprendéis? Yo seré siempre el mismo para vosotros. Os lo prometo. No amarguéis mi felicidad... *(Transición. Con jovialidad)* Porque si supierais qué feliz yo... *(Transición)* Perdonadme si soy egoísta y os hablo de mi dicha olvidándome de vuestra situación.

(Gabriel y Jacinto se miran)

Es que cuando uno está alegre se cree el único habitante del mundo... Pero reconoceréis que he respondido bien a nuestro desafío de anoche. ¡Ahí es nada: vencer a dos donjuanes de vuestra categoría! Porque eso sí: reconoceréis que mi estilo de amor es superior al vuestro. Que la poesía de mi optimismo, es más sugestiva, para una mujer, que tu melancolía, Jacinto... Y muchísimo más que tus millones, Gabriel.

(Se calla)

GABRIEL.—*(Mirándole torvamente)* ¡Sigue!

JACINTO.—*(También)* Sí... Continúa.

JAVIER.—*(Ríe)* Pero ¿no adivináis lo demás? Sencilísimo. ¡Me quiere!

GABRIEL.—¡¡Oh!!

JAVIER.—*(Confidencial)* Estoy citado con ella, aquí, en esta sala... Ahora mismo.

GABRIEL.—*(Cae desplomado en un sillón)* ¡Basta! No sigas, Javier.

JAVIER.—¿Eh?

GABRIEL.—Yo también la espero aquí. En este momento.

JAVIER.—¡No!

JACINTO.—*(Como un eco)* ¡Y yo!

JAVIER.—¿Cómo? ¡¡No!! ¡Mil veces no! ¡No puede ser! ¡No lo creo! Te has vuelto loco.

GABRIEL.—Me volveré.

JAVIER.—*(Todo coraje)* ¿Qué ha sucedido aquí? Habla, tú, Jacinto.

JACINTO.—¡Calla! ¡Se ha burlado de nosotros! *(Esconde la cabeza entre las manos)*
¡Oh!

JAVIER.—¡¡No!!

JACINTO.—¡Pobre de mí!

GABRIEL.—¡Pobres de nosotros!

JAVIER.—¡Silencio! No puedo creerlo... No, no, no... Estáis trastornados. Ninguna mujer se ha burlado así de mí. *(Y se encara con la puerta de su dormitorio)* ¿Cómo puede ella atreverse? ¿Quién es esta mujer? ¿Quién es? *(Irritado)* ¡Oh! Pero si no puedo llamarla... ¡Si no sé cómo se llama!!

(Pero se interrumpe bruscamente. Al fondo, en la puerta, aparece el Desconocido. Es un hombre joven, descuidado pero elegante. Surge con mucha timidez, con los ojos llenos de anhelo y emoción. Está alegremente turbado. Javier, Gabriel y Jacinto quedan mudos de la sorpresa)

DESCONO.—Buenos días...

GABRIEL.—¿Eh?

JACINTO.—¡Oh!

JAVIER.—¿Cómo?

DESCONO.—*(Sonriendo)* Buenos días... Perdónenme.

(Jacinto y Gabriel se sitúan, sorprendidísimos, cada uno a un lado de Javier)

Verán...

JAVIER.—*(A media voz)* ¿Quién es este hombre?

JACINTO.—¡Oh!

JAVIER.—¿Cómo se atreve? Caballero... ¿quién es usted? ¿Qué busca en esta casa?

DESCONO.—*(Siempre sonriendo)* No puedo explicarles detenidamente... Sería muy largo. El criado me ha dicho que espere aquí, en esta habitación...

JACINTO.—¡Oh!

JAVIER.—¿El criado?

DESCONO.—Sí, sí. Es un viejo muy simpático. *(Transición)* Pero ¿ustedes también esperan?

GABRIEL.—*(Irritadísimo)* ¡Claro!!

JACINTO.—¡Eso!

JAVIER.—Sí... *(Mirándole ceñudo)* Justo. Nosotros esperamos también.

DESCONO.—Magnífico. ¡Ah! Ya veo que han estado ustedes de fiesta. Son ustedes invitados... *(Ríe)* Por lo visto el dueño de esta casa es un hombre que se divierte.

JAVIER.—¡Oh! Muchísimo.

DESCONO.—Bueno. En confianza les diré a ustedes que yo no busco al dueño de la casa. No me importa nada...

JAVIER.—¿De veras?

JACINTO y GABRIEL.—¡¡Oh!!

DESCONO.—¡En absoluto!

JAVIER.—(*Cejijunto*) Ya. (*Avanza un paso*) Entonces, a usted ¿quién le ha citado aquí?

DESCONO.—(*Sigiloso, feliz*) Pero ¿no lo adivina usted? ¡Ella!

GABRIEL.—(*En un grito*) ¡¡Ella!!

JACINTO.—¡¡Ella!!

JAVIER.—¡¡Ella!!

DESCONO.—(*Emocionadísimo*) Ella, sí... ¡Mírenla!

(Ella aparece en la puerta del dormitorio y se detiene anhelante ante el Desconocido. Parece una nueva mujer. Los ojos frescos, brillantes. Viva, alegre, deliciosa. Una pausa muy corta e intensa)

ELLA.—¡Miguel!

DESCONO.—(*Conmovidísimo*) ¡Irene! ¡Irene mía!

GABRIEL.—¡Cristo! ¿Oís?

JACINTO.—¿Qué es esto?

JAVIER.—¡¡Oh!!

(El Desconocido, Miguel, mudo de emoción da un paso hacia ella. Ella, al fin, corre hacia él y cae en sus brazos gimiendo de gozo. Miguel la estrecha fuertemente, la cubre de caricias y besos... Javier, Gabriel y Jacinto, confusos, aterrados creen soñar)

GABRIEL.—(*Un brinco*) ¡¡La besa!! ¡Es un desahogado!

JACINTO.—¡Debemos exigir una explicación!

GABRIEL.—¡Javier! ¡Esta mujer nos engaña!

JAVIER.—Callaos...

(Los tres, inconscientemente, se han ido agrupando a un lado de la escena)

IRENE.—¡Miguel de mi alma! Amor, cariño mío...

MIGUEL.—¡Mi loca adorada! ¿Qué has hecho? Huir, escapar de mi lado. Toda una noche larga y espantosa sin ti. Ha sido peor que la muerte.

IRENE.—(*Gozosa, enamorada*) ¿Es cierto?

MIGUEL.—¡Oh! Anoche cuando, por teléfono, escuchaba tu voz sin sospechar dónde podría hallarte creí enloquecer... ¡Bien me has castigado!

IRENE.—¿Has sufrido mucho, Miguel?

MIGUEL.—¡Oh, Dios!

(*La besa otra vez*)

GABRIEL.—¡Y dale!

MIGUEL.—Otra vez en mis brazos. Pero ahora para siempre. ¡No puedo vivir sin ti!

IRENE.—¡Miguel! (*Se desprende dulcemente de los brazos de Miguel y se vuelve hacia los otros. Habla sonriendo, dichosísima. Apoyada su cabeza en el pecho de él*) Es mi marido...

LOS TRES.—¿Qué?!

JAVIER.—(*Airado*) ¡Su marido!

JACINTO.—(*Desolado*) ¡Su marido!

GABRIEL.—(*Cayéndosele el mundo*) ¡Su marido!

(*Gabriel y Jacinto se hunden en los sillones. Javier, en pie, muy pálido*)

GABRIEL.—(*Bajísimo*) Era casada... ¡Oh!

JACINTO.—¡Que burla!

MIGUEL.—(*Un poco azorado*) Permítame. (*Los tres se inclinan*) Me presentaré. Me llamo Miguel Sandoval... Soy abogado. Somos vecinos de esta misma casa. Vivimos arriba en el ático. Lo que ha sucedido esta noche...

IRENE.—Chiss... Calla. Lo que ha sucedido esta noche debo ser yo misma quien lo diga. Creo que ellos también lo prefieren. He sido su huésped... (*Sonríe*) Míralos bien, Miguel... Son nada menos que tres hombres maravillosos. (*Suspira*) Así. Casi tan maravillosamente como tú.

MIGUEL.—Mujer...

JAVIER.—¡Señora!

IRENE.—Han sido mis camaradas de esta noche que he vivido tan cerca y tan lejos de ti. ¡Esta noche en que he viajado locamente hacia la desventura! No, no temas, Miguel. Ya he vuelto. Me han traído ellos mismos. ¡Y han sido unos deliciosos compañeros de viaje! Has de ser muy amable con ellos... Mira: Gabriel es un gran señor poderoso y rico, Jacinto, tan sentimental... y Javier alegre, optimista que ama la vida porque sí, porque la vida es bella... ¿No es

eso, Javier? (*Javier no la mira*) ¡Si tú supieras, Miguel, cuánto les debes! Los tres han hecho que ahora, en este amanecer de hoy, te ame como nunca te he amado. Oye. Me gustaría que desde hoy fueran tus mejores amigos...

JACINTO.—(*Bajísimo*) ¡Nosotros, amigos de su marido! ¡Qué infamia!

GABRIEL.—(*Estremeciéndose*) ¡¡Qué horror!!

IRENE.—(*Con alguna ternura, pese a su tono irónico casi imperceptible*) Javier, Gabriel, Jacinto... Amigos míos. Les contaré mi aventura de esta noche.

(*Pequeñísima pausa*)¹

JAVIER.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señor!

JAVIER.—Espero que me lo expliques... De manera que fuiste tú, tú, Damián quien ayudó a esa mujer a burlarse de mí. Has sido tú mismo quien ha traído a su marido a mi casa. ¡Tú, Damián!

DAMIÁN.—Sí, señor.

JAVIER.—¿Por qué?

DAMIÁN.—(*Ruborizado*) Porque yo también me enamoré anoche de la señora, señor...

JAVIER.—¿Cómo?

DAMIÁN.—Sí, señor... A mí también me gustan todas. Soy un discípulo del señor. Hace veinte años que en secreto soy el rival del señor. Yo he amado a todas las mujeres que ha conquistado el Señor... En sueños, claro está. Pero me he despachado a mi gusto. ¡Si supiera el señor cuántas veces he puesto al señor en ridículo!

JAVIER.—¿Yo?

DAMIÁN.—Con la imaginación, desde luego... (*Suspira*) Pero anoche todo era distinto. La señora no se parecía a las otras mujeres que amado el señor. Era una gran señora. ¿No es cierto, señor?

JAVIER.—Sí.

DAMIÁN.—Yo decidí proteger a la señora, del señor y sus amigos. Era la única forma de que mi amor le fuese un poco útil. Subí al ático esta mañana porque ella me lo pidió... Ya lo sabe todo el señor. Anoche, el matrimonio del ático cumplía un año de su boda... Ustedes, tres solterones empedernidos,

1 Ruiz Iriarte cambió una versión original e hizo que fuera Damián quien iniciara el relato de lo ocurrido, arrebatándoselo a Irene, y aportando un tono más de comedia. El texto nuevo llega hasta «Ya lo sabe todo el señor». «Anoche...» pertenecía al parlamento de Irene. Lo cual provoca una pequeña reiteración en la escena final de Javier con Damián.

quizá no comprendan qué extraordinario es eso. La vida solo es un año que se repite una vez y otra. Todos los años tienen su primavera y su alegría. Anoche, el matrimonio del ático era dichoso, muy dichoso... Ella sentía que le habían crecido alas... Cenaron muy contentos, con la misma emoción que en su noche de bodas. Se vistieron para ir a la Ópera. De pronto...

MIGUEL.—¡Irene! ¿Es necesario?

IRENE.—¡Oh! De pronto se oyó el teléfono... Una mujer.

MIGUEL.—¡Irene!

IRENE.—(*Sonríe*) Bueno... un negocio urgente, que reclamaba anoche al señor abogado. Una testamentaria importantísima. Mucho dinero. Un gran éxito profesional... Pero se lo llevaba todo: la felicidad de la segunda noche de bodas, la alegría de la soledad, al recordar juntos todo un año venturoso, la Ópera... (*Un silencio*) Todo, todo. Ella solo supo llorar. Lloraba no por el dolor de una noche sino porque la alegría de un año maravilloso se perdía para siempre...

MIGUEL.—Yo, figúrense ustedes, me llené de coraje. Los hombres somos así. Me irritaban sus lágrimas, su incompreensión... Estuve violento, brutal, lo reconozco. (*Baja los ojos*) Lo más terrible fueron aquellas palabras mías.

IRENE.—(*Suave*) Sí...

MIGUEL.—(*Como un eco*) «¿Por qué me habré casado contigo?» (*Se calla*) Claro que ustedes ya saben... Estas cosas suceden siempre en cualquier matrimonio bien avenido...

IRENE.—Yo creí que me volvía loca... Huí de su lado: me encerré en mi cuarto. Pensé en lo que sería ya siempre nuestra vida con el recuerdo de aquel horrible instante en que él me arrojaba de su lado... Imaginé sus nuevos besos, sus nuevas caricias tan distintos a nuestro amor de otros días. Él tenía remordimientos de mi pobre cariño, tan grande y tan bonito... «¿Por qué me habré casado contigo?». Sentí que me estallaba la cabeza y solo pensé en huir... Huir, sí. Corrí de puntillas hasta la puerta y bajé la escalera enloquecida... Pero cuando llegué a la calle, la noche era muy negra, espantosa... Sentí un miedo horrible... Me asusté de mi locura. Retrocedí... Pero tampoco podía volver junto a él. Miré a mi alrededor. La puerta de esta casa estaba abierta... Fue un descuido del criado que poco antes había salido a despedir un coche de su señor... Y entré. Llegué a esta habitación...

MIGUEL.—¡Irene!

JAVIER.—¡Señora!

IRENE.—Después durante la noche, entre ustedes, todo me hablaba de él; he vivido más cerca de él que nunca. Parecía que la vida volvía a mí de nuevo.

He comprendido qué loca fui anoche, porque él... ¡Oh, él es un hombre extraordinario!

GABRIEL.—¡¡Oh!!

MIGUEL.—¡Oh, Irene!

IRENE.—(*Acercándose a él amorosamente*) Calla... Déjame decirlo. Soy tan feliz... (*Hacia Javier*) En Miguel hay tres hombres en uno solo. Uno es alegre, optimista, soñador... Cuando está contento me levanta en brazos como a una niña. Parece que hemos comprado el mundo y que todo es nuestro: el mar, el cielo, la luna. (*Hacia Jacinto*) Otras veces sin saber por qué se siente triste, lleno de melancolía, es como un niño enfermo y caprichoso a quien hay que llevar de la mano y peinar sus cabellos... (*Vuelve el rostro hacia Gabriel*) No es millonario pero como trabaja tanto para mí sentimos la ilusión de que somos ricos. Me hace regalos, es generoso... (*Sonríe*) No desconfío de que un día compremos un avión.

MIGUEL.—¡Oh!

IRENE.—(*Apoyándose en su marido. Alegrísima*) ¡Estos tres hombres extraordinarios en mi Miguel que es un hombre vulgar!

(*Javier, Gabriel y Jacinto, abrumados, inclinan la cabeza*)

MIGUEL.—¡Oh! Pero nena: no estamos solos... ¡Discúlpennla ustedes... Es una chiquilla. Me adora!

(*Pequeña pausa. Bajo*)

Y ahora, Irene: ¿me perdonas? Te juro que jamás se interpondrá entre nosotros otra... testamentaría.

IRENE.—No... Tú has de perdonarme a mí.

MIGUEL.—¿Qué dices?

IRENE.—(*Sonríe, como recordando*) Tú no sabes, Miguel... El amor es renunciar a uno mismo. Hay que pedir perdón por las ofensas que se nos hacen. Y en el perdón que tú me des va todo perdón para ti...

MIGUEL.—¡Ah! ¿Cómo aprendiste eso?

(*Sorprendido*)

IRENE.—Anoche... Soñando, sentada ahí en ese sillón, se me apareció un ángel. Parecía un chiquillo estudiante que se marchó saltando por ese balcón...

(Bruscamente las vidrieras del balcón se abren de par en par)

TODOS.—¡Ah!

(Gabriel, Javier y Jacinto vuelven los ojos hacia el balcón)

LOS TRES.—*(A media voz)* ¡Tony!

(Un silencio)

MIGUEL.—¿Ha entrado el ángel?

(Risueño)

IRENE.—No... Fue el viento. *(Va hacia el balcón y cierra las vidrieras)* El ángel está en su cielo. Ahora duerme y sueña con su felicidad... Tiene el secreto del verdadero amor. Buenos días, Javier.

(Le tiende la mano que él besa)

JAVIER.—Irene... Adiós.

IRENE.—Gabriel, Jacinto...

(Los dos le besan la mano)

GABRIEL.—Señora...

JACINTO.—Señora...

IRENE.—*(Muy risueña)* ¡Buenos días!

(Y sale)

MIGUEL.—*(Precipitadamente)* Señores... Muchas gracias. En otro momento más despacio, les diré mi gratitud... Pero ahora, ¿ustedes comprenden? Miguel Sandoval, arriba en el ático... Servidor de ustedes.

(Desaparece tras ella. Quedan los tres solos. Una pausa larguísima casi inmóviles, se observan, suspiran. En un instante en que las miradas de Jacinto y Gabriel coinciden sobre Javier, este se encara airadamente con ellos)

JAVIER.—¡¿Qué?!

GABRIEL.—(*Desalentado*) No, nada...

JACINTO.—Nada...

JAVIER.—Nada. Ni una palabra. ¿Lo oís? Es mejor así...

GABRIEL.—(*Lentamente*) Sí... Otra vez, juntos los tres, como ayer. Todo ha sido el sueño de una noche sin dormir. ¿No creéis? Yo pensaré siempre que esa mujer ha sido un desvarío: ella, la casita en el campo, mis hijos... (*Conmovido*) Pero para mí este sueño ha sido demasiado cruel. Desde hoy seré otro hombre. Ahora sí. De veras. Un viejecito serio... Decididamente iré todas las tardes al Retiro. Esta tarde a las seis me encontraréis en la Glorieta del Ángel Caído... Me llevaré un libro de Campoamor. Hay que estar a tono con la desgracia... ¡Adiós!

(*Y sale*)

JACINTO.—(*Después de una pausa*) Acabo de comprenderlo... El secreto de Don Juan, nuestro secreto, está en la vanidad... Don Juan triunfa porque no concibe que una mujer se le pueda resistir. Don Juan no admite que otro hombre exista para ser su rival. Ni un solo instante hemos pensado que esa mujer pudiera amar a otro hombre... Era tan sencillo, sin embargo. Pero, cada uno de nosotros estaba seguro de sí mismo... Ella, no importaba. Y el amor, el verdadero amor es todo lo contrario: es la generosidad; es el olvido de sí mismo, es entregarse con toda el alma a la mujer que se quiere. Escucha, Javier: Tony, el ángel, tenía razón. Resulta que Don Juan no entiende de amor.

JAVIER.—¡Cállate!

JACINTO.—Es tremendo, Javier, saberlo ahora... Pero lo cierto es que nosotros, después de toda una vida de juegos, amoríos y aventuras, no hemos conocido el amor...

(*Silencio*)

¡Y ya es demasiado tarde!

JAVIER.—¡Déjame en paz! ¿Me oyes? ¡Déjame!!

JACINTO.—Sí, Javier... Yo también quiero estar solo. Me siento más triste que nunca. Pero ahora es verdad...

(*Y sale. Durante unos momentos Javier, solo en su butaca. Entra Damián que se planta cortésmente ante su señor*)

DAMIÁN.—Señor, el café está dispuesto. ¿Lo tomará aquí mismo el señor?

JAVIER.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señor!

JAVIER.—Acércate. Espero que me lo expliques todo... ¿De manera que fuiste tú, tú, Damián, quien ayudó a esa mujer a burlarse de mí? Has sido tú mismo quien ha traído su marido a mi casa... ¡Tú, Damián!

DAMIÁN.—(*Bajando la cabeza*) Sí, señor.

JAVIER.—¡Habla! Dime por qué. (*Una pausa*) ¡Traidor! ¡Habla de una vez! ¿Por qué has ayudado a esa mujer a burlarse de nosotros?

(*Silencio*)

DAMIÁN.—Señor... Yo estaba decidido a que ni el señor ni sus amigos engañaran a la señora.

JAVIER.—¡¡Damián!! Pero ¿por qué?

DAMIÁN.—Tenía mis motivos, señor...

JAVIER.—¿Tú?

DAMIÁN.—(*Gravemente*) Sí, señor... Yo, Damián. (*Pequeña pausa. Javier le observa muy atento*) Yo soy un Don Juan fracasado, señor. Durante veinte años me he enamorado de todas las mujeres que ha conquistado el señor.

JAVIER.—(*Asombradísimo*) ¡Damián!

DAMIÁN.—Hace veinte años que soy el rival del señor... Pero piense el señor qué rivalidad más triste para mí. Yo, un pobre criado, he tenido que conformarme con soñar todas las aventuras que el señor ha vivido... Me he despachado a mi gusto. Eso sí... ¡si supiera el señor cuántas veces ha estado el señor en ridículo!

JAVIER.—¿Yo?

DAMIÁN.—En mi imaginación, desde luego... (*Otra levísima pausa*) Pero anoche fue diferente. La señora era distinta a todas las mujeres que ha amado el señor. Tenía unos ojos tan bonitos. Era la más dulce de todas, la más delicada. Una gran señora. La señorita Margarita con quien el señor iba a cenar anoche y de quien el señor y yo estuvimos enamorados hasta que se nos escapó a París, no resistía comparación con la señora... ¿No es cierto, señor?

JAVIER.—Sí.

DAMIÁN.—Me enamoré de la desconocida inmediatamente. Yo me enamoro enseguida. (*Se inclina*) Soy discípulo del señor.

JAVIER.—¡Damián!

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—Sigue...

DAMIÁN.—Sí, señor... Lo demás es muy fácil. ¿Qué puedo decirle que el señor no adivine? Decidí proteger a la señora. Era la única forma de que mi amor le fuera un poco útil... me ofrecí a servirla. Subí al ático esta mañana porque ella me lo pidió. He pasado la noche vigilando al señor y a sus amigos...

JAVIER.—¿Qué dices? (*Indignado*) ¡Tú, miserable, espiándome a mí!

DAMIÁN.—Sí, señor... Toda la noche. Del despacho al recibimiento y a la despensa... (*Sonríe*) Yo sé que era necesario. La señora sabía defenderse sola. Pero yo era feliz así... (*Una pausa*) Y ahora... Me despido, señor.

JAVIER.—¿Eh?

DAMIÁN.—Sí, señor. Después de lo sucedido creo que debo de dejar esta casa... Adiós, señor.

(*Saluda*)

JAVIER.—(*Se le queda mirando lentamente. Y luego*) ¡Damián!

DAMIÁN.—Señor.

JAVIER.—Espera... (*Con otra voz*) Siéntate ahí.

DAMIÁN.—¡Pero, señor!²

JAVIER.—Siéntate... ¡Te lo mando!

(*Damián se sienta en un sillón, frente a Javier*)

Esta noche has soñado demasiado y los sueños cansan mucho... Descansa, Damián.

DAMIÁN.—(*Emocionado*) ¡Oh, señor! Gracias...

(*Brevísima pausa. El timbre fuera*)

Llaman. Con permiso del señor.

(*Sale. Javier solo abatido y cansado. Por el foro aparece Irene. Viste ahora una larga y elegante bata de casa. Entra, sonriente, gentil sin mirar a Javier, que se levanta sorprendido*)

JAVIER.—¡Irene! ¡Usted!

2 Los criados no se sientan en presencia de los señores.

IRENE.—(*Avanzando*) Perdón... He olvidado en esta casa algo que quisiera llevarme. (*Se dirige a la mesita y toma el ramo de flores*) ¡Estos claveles! Son míos... Me los regalaron anoche a la puerta de un «cabaret» de ilusión. (*Sonríe*) Todo era mentira: el «cabaret», la florista, el vientecillo de la noche, la orquesta...

JAVIER.—(*Muy bajo*) Irene...

IRENE.—Era bonito, porque en el fondo de todo había un poco de corazón...

JAVIER.—¡Irene! Anoche era verdad...

IRENE.—No. Ese pobre corazón ya solo puede entregarse para mentir...

JAVIER.—(*Cae destrozado en el sillón. Oculta, como un chiquillo la cara entre las manos*) ¡Irene!

(*Asoma, al fondo, el rostro sonriente de Miguel y pregunta suavemente*)

MIGUEL.—¿Sucede algo, Irene?

IRENE.—(*Lleva risueña sus claveles entre sus brazos. Se va... Al pasar, una mirada para Javier*) No... Nada. Don Juan, que se ha puesto triste...

(*Salen. Queda Javier irremediabilmente solo. Se estremece. Fuera, en el pasillo se oye una risa fresca y tenue de Irene. Javier solloza*)

JAVIER.—¡Oh!

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE